

# **VOCES QUE CLAMAN**

**PREPARANDO EL CAMINO  
PARA EL REY JESÚS**

**MAURICIO REYES**

**PRÓLOGO POR  
JAZ JACOB**

## OPINIONES SOBRE “VOCES QUE CLAMAN”

“Mauricio es uno de esos tesoros que uno encuentra en los lugares menos esperados. Aunque ya lo conocía, fue en las calles de Madrid donde vi su corazón en acción. Una cosa es tener fe para tu propio bienestar (terrenal y eterno), otra es tener una fe que se desborda y afecta a los que nos rodean; esta es la fe que Mauricio nos comunica en su libro. Espero que mientras lees cómo Dios lo ha llevado a superar sus propias limitaciones y temores, te contagies de su ánimo y convicción... y te conviertas en una de la *Voces Que Claman*”

**- Enrique Bremer -**

Pastor de Centro Cristiano Vida Abundante Parral

“He tenido el privilegio de caminar con Mauricio Reyes durante más de una década y afirmo que es una voz que Dios ha levantado para retar a una iglesia que se ha hecho cómoda y apática en cuanto a predicar el evangelio y alcanzar a los perdidos. Este libro te despertará y te ayudará a perder el miedo a predicar el evangelio; y te recordará que la salvación no es algo que debas guardar para ti sino algo para compartir con todo el mundo.”

**- Rebecca Jacob -**

Pastora de la iglesia Amistad Cristiana Madrid

“Leer el libro de Mauricio me sacudió e impactó de tal forma que desde el primer capítulo el Espíritu Santo secuestró mi corazón. Las páginas de este libro te van a desafiar a proclamar a diario el Evangelio y a entender que no deberíamos llamar *radical* a lo que debe ser una vida cristiana *normal*.”

**- Jacob Bock -**

Director de Ontheredbox

“En este libro, Mauricio Reyes capta los momentos clave de la vida de Juan el Bautista y los conecta con la responsabilidad de nuestra generación de replicar su ministerio precursor. Creo que Voces Que Claman más que un libro, es un manifiesto que describe el corazón de la generación que precede a la Segunda Venida de Jesús. Un grito que convoca a los predicadores con el espíritu de Juan.

**- Itiel Arroyo -**

Predicador juvenil del Ministerio Pasión

## PRÓLOGO POR JAZ JACOB

Muchas personas son reacias a leer libros que hablan acerca del evangelismo porque no quieren sentirse condenados. Creen que no saben cómo compartir su fe o que no tienen el “don” de evangelistas. Otros anhelan leer libros sobre evangelismo porque piensan que si no evangelizan, Dios les amará menos, y quieren aprender a hacer lo que sea por agradarle. Si alguna vez te has sentido así, condenado o afanado ¡este libro es para ti! Sus páginas están llenas de transparencia y vulnerabilidad, gracias a que, a medida que vamos leyendo, Mauricio abre su corazón sobre su lucha con la inseguridad y el temor en el evangelismo. Es un libro que te reta de manera sencilla y real a enfrentarte al temor y a amar a las personas que están perdidas porque todavía no conocen a Dios.

Conocí a Mau cuando era un joven que todavía no había entregado su vida a Cristo, recién salido del instituto y en busca de nuevas experiencias en un país lejano; y tuve el verdadero honor de ver el antes y el después de Cristo en su vida. Puedo decir, sin lugar a dudas, que es una de las personas más increíbles que he conocido jamás.

Cuando Mau dio su vida a Cristo lo hizo con cada fibra de su ser y sin dobles intenciones. Él es una de esas personas que aunque conozcas, si no le ves durante un tiempo, quizá no le reconozcas la siguiente vez que le veas, porque él seguirá buscando el rostro de Dios y adaptando cada área de su vida para que, cueste lo que cueste, concuerde con Cristo. Muchos somos perezosos en nuestra búsqueda y solo respondemos al llamado del Espíritu Santo cuando el hambre en nosotros por más de él es agudo y doloroso; pero Mau ha aprendido a escuchar hasta el más callado susurro y a responder con rapidez.

Aunque en este libro en concreto Mauricio cuenta algunos de sus secretos para aprender a responder rápidamente a la Gran Comisión de Cristo de hacer discípulos en todas las naciones, Mau es mucho más que un evangelista. Ama a Cristo y es un apasionado por la presencia de Dios. Es en este lugar de Su presencia donde se ha enamorado (y sigue enamorándose más) de Cristo y, por lo tanto, se ha enamorado de la gente que no le conoce. No evangeliza para

ganar puntos con Dios, para ser más ungido o para ganar fama. Comparte su fe porque conoce el sabor de la libertad y anhela ver a la gente venir a los pies de Cristo para que también sean libres.

Te animo a leer este libro con la expectativa de lo que Dios puede hacer en tí si tomas el reto de seguir los pasos sencillos que se encuentran en sus páginas.

Cuando compartimos nuestra fe con aquellos que no le conocen, algo sucede en nosotros. Somos transformados a Su imagen y nos enamoramos más de Él conforme recordamos diariamente lo que Él hizo por nosotros.

Mi deseo es que conforme leas, te enamores tanto de Cristo que no puedas evitar compartirle con los que te rodean.

- *Jaz Jacob*

## INTRODUCCIÓN

La mayoría de los cristianos en algún momento nos hemos sentido intimidados o avergonzados por la única razón de ser cristianos. Hablar de Jesucristo con nuestros amigos de la iglesia es una cosa, pero es muy diferente hacerlo en nuestra escuela o en nuestro trabajo. ¿Qué van a pensar de nosotros? ¿Se van a reír? ¿Nos van a entender? ¿Nos meteremos en problemas innecesarios?

Si tú, al igual que yo, has pasado por esta etapa de miedo y temor a compartir el mensaje del evangelio, entonces te ruego que dejes al Espíritu Santo hablarte mientras recorremos juntos algunos aspectos de la vida de Juan el Bautista, el hombre que fue enviado por Dios para ser la voz que clama en el desierto y preparar el camino para el Rey Jesús.

También es posible que tu corazón esté ardiendo por dar a conocer el mensaje de la cruz; si es tu caso, disfruta mientras el Espíritu Santo enciende aún más el fuego que hay en ti.

Mi oración es que mientras lees cada capítulo de este libro, el Espíritu Santo derrame tanto denuedo, amor y poder sobre tu vida que estés dispuesto a perder tu reputación, tu familia, tu trabajo e incluso tu vida por amor a Cristo y por amor a las almas perdidas.

## **1. DEL ANONIMATO A LAS CALLES**

Te encuentras en medio de una conversación polémica y sabes que si dices lo que piensas, lo más seguro es que todos te miren mal. O quizá estás en tu escuela y los alumnos más populares hablan abiertamente de su pecado; algo en tu corazón te dice que deberías decir algo pero es muy probable que si lo haces se burlen de ti, o peor aún, te tachen de religioso por el resto del curso escolar.

Si no hablamos abiertamente de Cristo, seguramente evitaremos dar muchas explicaciones y problemas, pero el Rey Jesús nunca enseñó a sus discípulos a tener miedo y mucho menos a avergonzarse de ser sus seguidores.

En mi caso, no solo no hablaba abiertamente de mi fe, sino que tampoco decía que era cristiano. Pensaba que si mantenía el anonimato todo sería mucho más fácil, aunque la verdadera causa de ser un “cristiano encubierto” eran mi egoísmo y mi orgullo. No había tenido una revelación del amor de Dios ni de Su corazón por la gente. Amaba demasiado mi reputación y no iba a permitir que las personas se rieran de mí.

¿Cómo iba a dejar que mis amigos y compañeros de trabajo supieran que era cristiano y pensarán mal de mí? ¿Cómo iba a permitir que mi entorno pensara que no era lo suficientemente moderno y abierto? A pesar de considerarme cristiano no era consciente de la realidad de la muerte y de la eternidad.

No fue hasta finales del primer año viviendo en Madrid, lejos de mi familia, amigos y de la comodidad que tenía cuando vivía en la Ciudad de México, que me di cuenta de lo real que era el infierno. Había ofendido a muchas personas con mi manera de vivir, pero por primera vez supe que mi pecado principalmente ofendía a Dios. Tuve la certeza de que si moría tendría que dar cuentas ante Él y no podría justificar ninguno de mis pecados con ninguna de las cosas buenas que había hecho en mi vida.

Fueron unos meses de restauración en los cuales mis ojos se abrieron más y más y pude valorar la cruz como nunca antes. Me aferré a la gracia y al perdón de Cristo con todas mis fuerzas, sabiendo que sin

Él nada tenía sentido en mi vida. Entonces comprendí que mis méritos no valían para nada y que solo Jesús podía justificar toda mi rebeldía y desobediencia delante de Dios.

Cuando tienes un encuentro real con el amor y la misericordia de Cristo hay algo que se activa dentro de ti y te hace anhelar compartir este mensaje con otros. El problema es que la mayoría de las veces no sabemos cómo hacerlo o simplemente tenemos miedo de lo que van a pensar de nosotros. Especialmente si vives en Europa, es probable que te preguntes si es posible ser discípulo de Jesús en medio de una sociedad moderna, humanista y occidental. ¿Podemos salir del anonimato y comenzar a ser cristianos con voz y rostro?

### **No se trata de nosotros**

Ese primer año en Madrid conocí a un grupo de cristianos que repartían postales evangelísticas y predicaban encima de una caja metálica de color rojo en la famosa Puerta del Sol de Madrid. Lo hacían una vez a la semana, sin micrófonos ni grandes plataformas, pero con un denuedo que yo no había visto antes.

Durante las primeras semanas que les acompañé me daba vergüenza el simple hecho de repartir una tarjeta postal que tenía escrito un mensaje evangelístico. Ninguna sensación era tan desagradable para mí como el que las personas rechazaran recibir una de las postales, pero aún así, continué repartiéndolas ya que Dios es capaz de usar cualquier esfuerzo que hagamos por alcanzar a los perdidos, por mínimo que nos parezca.

Lo que más disfrutaba de mi tiempo en la calle era escuchar al predicador encima de la caja metálica elevando su voz. Era maravilloso el efecto que la predicación producía en la gente de la calle. Aunque algunos se burlaban o simplemente ignoraban al predicador, habían personas que se quedaban cautivadas escuchándole. Mientras observaba detenidamente a la gente, me di cuenta de que algo divino ocurría cuando el mensaje de la cruz era proclamado. Después de todo, *agradó a Dios salvar a los que creen mediante la locura de la predicación* (1 Corintios 1:21).

Habían transcurrido ya algunas semanas desde que comencé a salir con los de la caja roja cuando, un día, el predicador habitual no había podido venir. Ninguno de los que estábamos ahí teníamos experiencia predicando, es más, ninguno se había subido antes a la caja roja. Pero algo dentro de mí comenzó a arder y a incomodarme: en la Puerta del Sol había cientos de personas caminando y esa tarde nadie iba a escuchar el evangelio porque no había predicador.

Me armé de valor y me ofrecí como voluntario para predicar aunque nunca antes lo había hecho. Recuerdo subirme a la caja roja mientras me temblaban las piernas. Prediqué uno de los mensajes que había escuchado y cuando bajé de la caja casi rompo a llorar debido a los nervios. Me dije a mi mismo que nunca más volvería a predicar en la calle. Había sentido tanto pánico escénico que no quería que esa experiencia se repitiera otra vez.

Menos mal que no cumplí mi promesa de no volver a predicar, ya que unas semanas más tarde volví a subirme a la caja roja. Dios quería matar mi orgullo y mi carne de una manera muy divertida y yo aún no lo sabía. Sentía los mismos nervios que las semanas anteriores pero algo me decía que proclamar a Cristo era más importante que mis nervios.

Justo antes de abrir la boca vi a dos compañeros de mi universidad entre el público. No sabía qué hacer. Es normal que te dé vergüenza hablar delante de gente desconocida, pero ver a dos compañeros de tu universidad es algo muy distinto. Nadie en mi facultad sabía que yo era cristiano y comencé a ponerme muy nervioso. Tenía pánico de que me vieran predicando a Cristo. ¿Qué iban a pensar de mí? ¿Se iban a ofender o a burlar? ¿Se lo dirían a los demás?

A pesar del gran miedo que sentía, comencé a predicar. Mis compañeros de la universidad me miraron fijamente y enseguida se miraron el uno al otro, se quedaron atónitos al verme subido en una caja en medio de la gente. Cuando escucharon que hablaba de Cristo se quedaron boquiabiertos, su rostro parecía el de alguien que se ofende y se fueron antes de que terminara el mensaje. Yo me sentí muy triste, avergonzado y sin saber qué hacer. Lo más interesante es que la misma situación se repitió pocos días después con otros



compañeros diferentes. Comprendí que no era casualidad y que Dios quería enseñarme algo con estos dos encuentros.

Entre algunas personas de la universidad corrió el rumor de que yo era un “friki” y un radical, comenzaron a decir que era un fanático y me veían como a un loco. Algunos de mis amigos dejaron de hablarme por lo que la gente decía de mí. Aunque en esos meses fue difícil sufrir el rechazo de personas que consideraba cercanas, a día de hoy estoy muy agradecido de que ocurriera de esa forma, ya que ese proceso me ayudó a perder el temor de predicar en la calle.

Recuerdo un día en el que percibí la voz del Espíritu Santo preguntarme: *¿Qué hay de vergonzoso en la cruz? ¿Qué es lo que te avergüenza de Cristo?* Esa pregunta traspasó lo más profundo de mi ser y me di cuenta de que no había nada de qué avergonzarme. Da igual si se ríen de ti, si te gritan o te insultan, si piensan que haces el ridículo o que eres un fanático o alguien súper espiritual. En realidad, da igual cualquier cosa que opinen de nosotros, porque esta vida no se trata de nosotros, sino de Cristo.

Me arrepentí por haber sentido vergüenza y por no haber dicho abiertamente a la gente que era cristiano, a partir de entonces comencé a compartir el evangelio en mi facultad, incluso a mis profesores, aprovechando cada oportunidad que Dios me daba.

### **Si los primeros discípulos pudieron, nosotros también**

He conocido a muchos jóvenes que no se atreven a hablar abiertamente de su fe por miedo a que se burlen de ellos en su escuela o incluso en su propia familia. A lo mejor es tu caso y quiero decirte que te entiendo porque he sentido lo mismo. Pero quiero animarte a salir del anonimato y a hablar abiertamente de Jesús, aunque tengas miedo. Cuando decidimos dar un paso de obediencia experimentamos un gozo sobrenatural, incluso cuando te tratan mal o se burlan de ti.

Recuerdo un día que un amigo y yo hablamos con un motero que estaba fuera de una tienda *Harley Davidson*, creo que no pasaron ni diez segundos cuando comenzó a insultarnos y a decirnos lo mucho

que odiaba a los cristianos. Lo normal en ese tipo de situaciones es que te sientas triste o mal, pero el Espíritu Santo derramó tanto gozo sobre nosotros que terminamos dándole gracias a Dios por haber tenido el privilegio de ser rechazados por causa del nombre de Cristo.

Hay muchos cristianos en otros lugares del mundo que sufren terriblemente por profesar la fe cristiana. Lamentablemente, los que vivimos en el mundo occidental nos olvidamos de lo que ocurre en Medio Oriente y en algunas partes de Asia, donde ser cristiano te cuesta perder tu trabajo, tu familia, el ataque constante de tus vecinos, a veces tener que ir a la cárcel, e incluso perder tu propia vida después de haber sido torturado.

¿Qué es lo que el discípulo Esteban vio en Cristo que le hizo no renunciar a su fe a pesar de estar siendo apedreado? ¿Qué es lo que cautivó al apóstol Pablo, al apóstol Pedro y a tantos mártires que dieron su vida por causa de Jesús? Sea lo que sea que ellos tenían para resistir la persecución, yo lo quiero tener.

Imagínate amar tanto a Cristo que te da igual perderlo todo por tu Rey. Si los primeros discípulos pudieron, nosotros también. Hay una nube muy grande de testigos que nos dice que sí se puede.

No existe absolutamente nada que nos deba avergonzar de la cruz. El Hijo de Dios vino a este mundo para rescatarnos, vivió cada segundo de su tiempo en la Tierra en completa obediencia a Su Padre, no cedió ni un milímetro ante la tentación ni ante la seducción del diablo, y decidió entregar su cuerpo como sacrificio por nosotros. Nada de lo que hizo Jesús por nosotros debe producir vergüenza sino gozo. Dios nos mostró Su amor por medio de la muerte de Cristo. Si a Dios mismo no le dio vergüenza ser azotado, insultado y menospreciado, ¿por qué debemos sentir vergüenza nosotros?

El apóstol Pablo dijo: *no me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvar a todo aquel que cree* (Romanos 1:16). En otras palabras, no es ridículo ni humillante predicar la cruz, todo lo contrario, es el mayor honor que tenemos como seguidores de Jesús.

Cuando entendamos que el mensaje de la cruz tiene poder para salvar a quien lo escucha con fe, dejaremos de avergonzarnos del evangelio. De hecho, ese fue el mismo consejo que Pablo le dio a su discípulo Timoteo: *no te avergüences del testimonio de nuestro Señor... sino participa conmigo en las aflicciones por el evangelio, según el poder de Dios* (2 Timoteo 1:8).

Recuerdo ir a una entrevista de trabajo. Me explicaron en qué consistiría el puesto y me hicieron algunas preguntas. Durante el tiempo de la entrevista no dije que era cristiano y mucho menos que predicaba en la calle. Antes de salir de la oficina comencé a inquietarme; sabía que aunque no era necesario decir que era cristiano y que predicaba en la calle, era algo que había decidido hacer y no debía avergonzarme. No quería que se enteraran “por casualidad” y mucho menos ocultarlo, así que me armé de valor y les dije: *“Hay algo más que quiero comentaros, es probable que si alguna vez pasáis por la Puerta del Sol me veáis encima de una caja roja predicando a la gente sobre el mensaje de Cristo”*. Por la mirada que pusieron pude ver que estaban sorprendidos y comencé a ponerme muy nervioso, no sabía cómo reaccionarían. Me hicieron más preguntas, querían saber por qué lo hacía y qué decía cuando predicaba, así que les mostré algunos vídeos de YouTube donde predico en la calle, y tuve una gran oportunidad para compartirles sobre mi fe. La buena noticia es que... ¡conseguí el empleo!

## 2. VOCES QUE CLAMAN

Vives en la quinta planta de uno de los edificios más modernos de tu ciudad. A tu derecha tienes una ventana panorámica desde la que observas con atención a personas caminar de un lado a otro. Algunos de los peatones son jóvenes *skaters*, otros universitarios con mucha prisa porque llegan tarde a un examen y también hay un hombre de negocios hablando por teléfono. De repente el olor a humo interrumpe tus pensamientos: un incendio ha comenzado dentro de tu piso y no sabes qué hacer.

El fuego se propaga rápidamente por toda tu casa y dentro de unos minutos la habitación donde te encuentras comenzará a arder. Intentas mantener la calma y buscas tu teléfono móvil en el bolsillo de tu pantalón pero te das cuenta que no lo tienes contigo. Los nervios te invaden y sientes impotencia al no poder llamar a los bomberos. Intentas pensar en todas las opciones que tienes y finalmente vuelves a fijarte en la ventana, sabes que tu única posibilidad de salvarte es pidiendo ayuda a los peatones que antes observabas.

¿Cómo clamarías en una situación así? ¿Pedirías auxilio con el mismo tono de voz con el que hablas con un amigo por teléfono? La respuesta parece obvia: sacarías la cabeza por la ventana y comenzarías a gritar con todas tus fuerzas para que la gente pudiera escucharte.

La voz del clamor es una voz de desesperación, una voz que grita con vehemencia porque entiende que el mensaje que tiene que transmitir es de vida o muerte. En la situación que describí en los párrafos anteriores nos parece normal elevar la voz y clamar con todas nuestras fuerzas, pero por alguna razón no le damos la misma importancia al mensaje de la cruz.

Dios eligió a un hombre llamado Juan el Bautista para clamar en su generación y preparar el camino para Cristo. La tarea que le fue encomendada a Juan consistió en levantar su voz en público y confrontar a las personas con su manera de vivir, enseñándoles sobre la necesidad de arrepentirse de sus pecados. Cuando la gente tomaba

la decisión de arrepentirse, Juan los bautizaba en agua como señal pública de su arrepentimiento.

La misión de Juan el Bautista era tan importante que fue profetizada setecientos años antes de su nacimiento por el profeta Isaías: “**Una voz clama en el desierto**: «*Preparad en el desierto camino al Señor; allanad en la soledad calzada para nuestro Dios.*” (Isaías 40:3, LBLA, énfasis añadido)

Por muchos años nos hemos olvidado que Dios llamó a Juan el Bautista a clamar y no a susurrar. Debemos entender que Dios nos ha pedido ser voces que claman y no ecos que se desvanecen con el paso del tiempo. Me llama mucho la atención ver a cristianos que gritan y se emocionan para apoyar a su equipo de fútbol en el salón de su casa o en un estadio, pero nunca han levantado su voz para testificar lo que Jesús ha hecho en sus vidas.

Si no nos apasiona Cristo y lo que Él ha hecho por la humanidad es porque aún no hemos entendido el mensaje de la cruz. Cuando levantamos nuestra voz para proclamar al Rey Jesús algo se activa dentro de nuestro espíritu y un gozo que antes no conocíamos comienza a arder en nosotros.

La voz que clama es una voz que entiende la urgencia de predicar el evangelio de una manera clara y directa, tal como lo hacía Juan el Bautista. Predicar el mensaje de la cruz significa hablar de la gravedad de nuestro pecado y sus terribles consecuencias, pero sobre todo proclamar las fascinantes noticias de que fue el Hijo de Dios quien recibió el castigo que nosotros merecíamos.

## **Predicar con el ejemplo no es suficiente**

Cuando Jesús hizo la famosa entrada triunfal en Jerusalén, los discípulos comenzaron a levantar su voz y a clamar en la calle, exaltándole. Los religiosos se enfadaron y le pidieron a Cristo que les hiciera callar, pero la respuesta de Jesús fue sorprendente: *Os digo que si éstos (los discípulos) callaran, las piedras clamarían* (Lucas 19:40 RVR1960, paréntesis añadido). El mensaje que tenemos es tan importante que si nosotros callamos las piedras clamarán.

Hemos mal usado una frase que hizo popular Francisco de Asís, el fundador de la orden católica Franciscana, el cual dijo: *«predica el evangelio siempre; cuando fuera necesario, usa palabras»*. Francisco de Asís, proveniente de una familia pudiente de Italia, nos dio un ejemplo maravilloso de renunciar a lo terrenal por amor al evangelio. Incluso sirvió a leprosos y viajó a Egipto para predicar a los musulmanes de esa región. Sin embargo, hemos malinterpretado su frase de tal forma que he escuchado a personas decir que *predicar con el ejemplo es suficiente*. Yo no veo esto en la Biblia. La palabra de Dios nos insta a predicar (usando palabras) constantemente y en todo lugar. Estoy totalmente de acuerdo que nuestro ejemplo y testimonio son esenciales, pero no podemos dejar de abrir nuestra boca para compartir el mensaje de la cruz. Creo que muchas veces se ha usado esa frase (“predicar con el ejemplo”) como excusa para no proclamar el evangelio.

No ha existido ninguna persona con mejor testimonio y ejemplo que el de Jesús. Nadie en este mundo ha vivido una vida absolutamente perfecta como la de Cristo, pero incluso Él levantó su voz para decirle a la humanidad que se arrepintiera de sus pecados porque el reino de los cielos se había acercado.

Nuestro ejemplo y testimonio validan el mensaje que predicamos pero no es suficiente por sí mismo. Si no levantamos nuestra voz para predicar, nuestra generación no sabrá cómo arrepentirse de sus pecados ni cómo poner su fe en Jesús. Predicando únicamente con el ejemplo nunca podremos rescatar a una generación perdida. *¿Cómo escucharán si nadie les predica?*

Dios se deleita cuando ve a Su iglesia salir a la calle para proclamar Su nombre. Hay un poder sobrenatural que invade nuestras ciudades cuando levantamos nuestra voz para proclamar a Cristo. Una iglesia comprometida con predicar el evangelio es capaz de transformar su ciudad y su generación. Y tengo la profunda esperanza de que no hará falta que las piedras clamen porque nuestra generación está respondiendo al llamado de su Rey.

## Un mensaje de amor

He escuchado a algunos cristianos decir que la iglesia no debería predicar al aire libre porque eso es invadir el espacio de la gente. Ese pensamiento suena muy moderno y tolerante pero no tiene nada que ver con lo que leemos en la Biblia. Cristo nunca nos llamó a compartir en secreto el mensaje de salvación, más bien nos pidió "*ir por todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura.*" (Marcos 16:15)

Debemos ser prudentes sobre dónde debemos levantar nuestra voz para predicar, pero tenemos que aprovechar nuestra libertad de expresión para llevar este mensaje de emergencia a cualquier lugar donde podamos hacerlo. A Pedro y a Pablo no les importó ser llevados a la cárcel en varias ocasiones por causa de este mensaje. Amaban tanto a las personas que sabían que era mejor ir a la cárcel que callar el evangelio.

Si Jonás no hubiera obedecido a Dios levantando su voz en la ciudad de Nínive, los ninivitas no habrían tenido la oportunidad de arrepentirse y habrían sido castigados por su pecado. Sin embargo, después de la predicación de Jonás (a pesar de que su motivación no era la correcta) la ciudad entera se arrepintió. Noé hizo lo mismo cuando advirtió a su generación sobre el diluvio que iba a venir. Aunque los habitantes respondieron con burla e incredulidad, la proclamación de Noé mostraba el gran amor de Dios, quien quería darles una oportunidad para arrepentirse.

Predicar al aire libre es una muestra del amor de Dios, quien *no quiere que nadie perezca sino que todos procedan al arrepentimiento.* Levantamos nuestra voz en las calles porque amamos nuestra ciudad y amamos a las personas. Desgraciadamente hay muchos "predicadores de calle" que parecen estar tan enfadados con las personas que parecieran querer que las personas se vayan al infierno.

Si en algún momento sientes que no eres movido a compasión cuando compartes el evangelio con alguien, te animo a tomar unos segundos para recordar la misericordia y compasión que Dios mostró

contigo. Nunca debemos olvidar que el deseo del corazón de Dios es salvar a las personas, no condenarlas (Juan 3:17). Si nos olvidamos de esta verdad fundamental nunca tendremos la motivación correcta para predicar el evangelio.

## **No se trata de números**

Las escrituras nos enseñan que hay que levantar la voz y pregonar las buenas noticias en todo lugar donde podamos. *La sabiduría clama en las calles, y deja oír su voz por las plazas* (Proverbios 1:20, RVC).

El Rey David escribió “*Anunciad de día en día su salvación. Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas*” (Salmo 96:2-3). Proclamar significa decir algo en voz alta y públicamente.

En otras palabras, cuando conocemos a Dios no debemos quedarnos callados sino pregonarlo en las calles y plazas de nuestras ciudades. El deseo de Dios es que levantemos nuestra voz anunciando Su gloria en todas las naciones. Cristo lo explicó de esta forma: “*Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone debajo de una cama, sino que la pone sobre un candelero para que los que entren vean la luz.*” (Lucas 8:16, LBLA).

Para muchas personas el simple hecho de imaginarse levantando la voz en un lugar público les produce nervios y pánico. Es probable que ese sea tu caso y por ningún motivo quiero que te sientas juzgado o condenado. He conocido a cristianos que nunca han predicado en la calle delante de mucha gente pero constantemente comparten el mensaje de la cruz de manera individual con otras personas. Predicar a individuos es igual de válido que predicar a muchas personas a la vez, lo importante es no quedarnos callados y entender que necesitamos llevar el mensaje de la cruz a todo lugar y a toda persona.

Hay momentos en los cuales podemos compartir íntimamente con amigos, familiares o compañeros de trabajo y obviamente no es necesario elevar nuestra voz en ese tipo de situaciones. Pero hay



momentos donde tenemos que levantar nuestra voz y proclamar en público lo que Dios ha hecho por la humanidad.

Juan el Bautista predicaba a todo el pueblo en el desierto pero también tenía momentos donde predicaba a personas individualmente, como era el caso de Herodes. Cristo mismo predicó a multitudes pero también dedicó gran parte de su tiempo a ministrar de uno en uno, como cuando se detuvo a hablar con la mujer samaritana, con el joven rico y con Zaqueo, el cobrador de impuestos. Pedro, Pablo, Esteban y muchos de los discípulos del Nuevo Testamento hicieron lo mismo. Con esto vemos que los números nunca han sido importantes, sino hacer la voluntad del que nos envía a clamar.

Durante mis primeros años en la universidad no sabía muy bien cómo compartir el evangelio con mis profesores. Estaba prohibido predicar a viva voz en el aula de clase, así que aprovechaba momentos libres para hablar con los compañeros de clase que quisieran escucharme; pero a mis profesores nunca los veía fuera del aula de clase y solo imaginarme hablando con ellos me producía muchos nervios. Aún así tenía un gran deseo de poder hablarles de Cristo y un día se me ocurrió escribirles un mensaje evangelístico. El día del examen final de cada asignatura era el último día que vería a mis profesores, así que aprovecharía ese momento para escribirles un breve párrafo detrás del examen. Les escribí lo que creía y les exhorté a pedirle a Cristo que les perdonara sus pecados. Nunca me llamaron ni tuve respuesta de ninguno de ellos, pero por lo menos pude sembrar una pequeña semilla del evangelio en sus vidas.

Predicamos el evangelio porque el amor de Dios en nosotros nos hace amar a las personas como Él las ama. Nadie tiene el día de mañana asegurado. Nosotros conocemos al único que pudo apagar el fuego de la ira de Dios porque él mismo estuvo dispuesto a recibir esa ira en nuestro lugar.

No escondas tu luz debajo de la cama ni detrás del televisor. Usa tu muro de Facebook, tus fotos de Instagram, tus tweets, los mensajes de whatsapp y cualquier otro medio que tengas para ser luz y proclamar a Cristo. Súbete a las azoteas, comparte en las plazas, aprovecha tu tiempo en el aula de clase y centro de trabajo para

acercar a otros un paso más hacia la cruz. Recuerda que eres embajador del Rey Jesús y le representas cada segundo de tu existencia, usa tu voz y clama en tu generación.

### 3. MÁS ALLÁ DE NUESTRA COMODIDAD

Juan el Bautista era hijo de Zacarías, un sacerdote judío, y de Elisabet, una mujer piadosa que amaba a Dios con todo su corazón. Sus padres eran un matrimonio ejemplar, *irreprehensibles y justos delante de Dios* (Lucas 1:5-6).

¿Te imaginas crecer en una familia donde tus padres están completamente dedicados al servicio a Dios? Me imagino a Zacarías y a Juan teniendo un momento “padre e hijo” donde Zacarías le describe a Juan cómo fue su encuentro con el arcángel Gabriel (Lucas 1:19). O a Elisabet hablándole sobre el momento en el que fue llena del Espíritu Santo cuando María, la madre de Jesús, la visitó durante su embarazo.

Como cualquier familia, lo más probable es que también experimentaran momentos de tensión y alguna que otra discusión. Pero estoy convencido de que el ejemplo que recibió de sus padres fue el fundamento que impulsó a Juan a consagrarse a Dios desde su niñez, y lo que preparó su corazón para vivir de una manera tan radical.

Esto me hace pensar en lo importante que es tener “padres” que nos den ejemplo. Si tus padres no son creyentes o no creciste con ellos, en cualquiera de esos casos, quiero animarte a que busques y le pidas a Dios que te muestre cristianos mayores que tú y los “adoptes” como tus padres espirituales. Escúchalos, hazles preguntas, pídeles consejo y observa su manera de vivir y amar a Dios. Pero sobre todo recuerda que tienes un Padre Celestial que supera a cualquier padre en la tierra, con el que puedes hablar a cualquier hora y en cualquier lugar. Con el ejemplo de nuestro Padre Eterno tenemos todo lo que necesitamos para cambiar el mundo.

Juan escuchaba a su padre Zacarías enseñar las escrituras en la sinagoga y seguramente conocía bien todas las funciones que desempeñaba un sacerdote judío. La costumbre de su época era que los hijos ejercieran el oficio de sus padres, así que es muy probable que Juan pensara más de una vez en seguir los pasos de Zacarías y dedicarse al sacerdocio. Su padre era respetado en la comunidad y

Juan lo sabía, se podría decir que tenía un futuro asegurado dentro de la sinagoga.

Imagínate que tu padre es un pastor con un ministerio reconocido y respetado por todos. Además, todas las personas en tu congregación saben que tu nacimiento fue un milagro y que la mano de Dios está sobre tu vida y esperan que seas tú quien ocupe la posición de tu padre. Así es más o menos como se sentía Juan el Bautista, con la presión de lo que la sociedad esperaba de él, con lo que él mismo quería para él y con lo que Dios le estaba pidiendo. ¿Alguna vez has experimentado ese tipo de presión y lucha interna?

A los jóvenes de nuestra generación nos gusta la idea de tener el futuro resuelto. Lo normal, en nuestra cultura occidental, es que desde pequeños nuestros padres y nuestros profesores nos enseñen a planificar nuestro futuro para que la vida nos sea más fácil y cómoda en la medida de lo posible. Sin embargo, ese no fue el caso de Juan. La decisión que él tomó con respecto a su futuro no se basó en lo fácil, sencillo, y cómodo, o en lo que se esperaba de él... sino en obedecer a Dios. Juan decidió morir a toda comodidad con tal de cumplir el llamado de Dios sobre su vida: ser la voz que clama en el desierto.

¿En el desierto? ¿Lo dices en serio? ¿No será que Dios se equivocó y quería decir otra cosa? Lo más seguro es que el profeta Isaías estuviera viendo la arena de una playa y no la de un desierto cuando profetizó sobre el ministerio de Juan el Bautista. ¿Renunciar a su futuro en la sinagoga para ir a predicar al desierto? ¿Cuántas personas conoces que vayan normalmente al desierto? El desierto no es un hotel de cinco estrellas, es más, ni siquiera es un albergue donde compartes habitación con otras diez personas, mucho menos un lugar donde te instalas para vivir.

El desierto es un lugar incómodo donde hace mucho frío o mucho calor. Donde la arena, por mucho que intentes evitarlo, cubre cada parte de tu cuerpo. No hay electricidad para conectar nuestros teléfonos, televisores, ordenadores o consolas de videojuegos. Pobre Juan, ¿cómo iba a entretenerse sin ir al cine ni al teatro? ¿Cómo iba a pagar sus estudios? ¿Cómo podría ahorrar dinero para poder comprar la casa de sus sueños? ¿Y el nuevo macbook? ¿Y la comida? En

serio, ¿tendría que renunciar a la comida que preparaba su madre Elisabet y tener que comer langostas y miel silvestre? Y peor aún, en el desierto no había ninguna mujer de quien enamorarse y con quien pudiera comenzar una familia. Definitivamente, no tuvo que ser fácil obedecer el llamado de Dios para su vida.

Vivimos en un mundo donde todo a nuestro alrededor exalta lo material y lo cómodo. Nos han enseñado que cuanto más tenemos, más valemos y cuanto más fácil sea conseguir las cosas, mejor. Es por eso que debemos saber cuáles son nuestras prioridades. Para algunas personas su prioridad es tener más dinero, para otras es el ser reconocidos por su gran profesión, para otras personas su prioridad es casarse y tener una gran familia... ¿Cuáles son tus prioridades? ¿Qué es lo que más anhelas en tu vida? ¿Qué es lo primero que piensas cuando te despiertas por la mañana? ¿Dios es lo más importante en tu vida o hay una lista de cosas por encima de Él?

Cristo nos dijo que nuestra prioridad fuera buscar Su reino y Su justicia (Mateo 6:33), pero la mayor parte del tiempo buscamos nuestro reino e ignoramos Su justicia. Valoramos la comodidad por encima del reino de Dios y nos perdemos mucho de lo que Dios quiere hacer a través de nuestras vidas. Juan renunció a todo lo que este mundo le ofrecía con tal de obedecer la palabra que Dios le había dado: *Sé la voz que clama en el desierto.*

Solo una persona que escucha y obedece a Dios en las pequeñas cosas está entrenada para tomar decisiones que requieren de más fe y obediencia. No podemos cambiar el rumbo de las naciones si no damos prioridad a Dios en lo más pequeño. Juan tuvo la fe para obedecer a Dios cuando le pidió ir al desierto porque había obedecido a Dios en las cosas que Dios le había pedido antes, como no beber vino ni licor (Lucas 1:15). Hombres como Juan el Bautista retan mi vida porque él renunció a un futuro en la sinagoga para adentrarse a vivir por fe en el desierto.

## **Tenemos el poder de impartir vida**

Una de las experiencias más enriquecedoras de toda mi vida tuvo lugar en el verano de 2012, cuando trece amigos decidimos viajar un

fin de semana a una ciudad cercana a Madrid, para vivir como los discípulos de Jesús y tener la misma experiencia que vivieron “los doce” (Lucas 9) y “los setenta” (Lucas 10) cuando fueron enviados por Jesús sin dinero, sin comida, sin agua, sin abrigo y sin mochila.

La idea de hacer este tipo de viaje surgió porque no queríamos que nuestro horario diario nos limitara para hablar con la gente el tiempo que fuese necesario. Así que apartamos un fin de semana con la misión de predicar el mensaje de la cruz, sanar enfermos en el nombre de Jesús, amar a la gente y establecer el Reino de Cristo en cualquier lugar donde estuviéramos, tal como lo hicieron los discípulos. No sabíamos dónde dormiríamos ni cómo regresaríamos a Madrid. Nos obligamos a no llevar nada que nos pudiera hacer desviar nuestra confianza en Dios. Queríamos que nuestra fe aumentara para ver a Dios moverse en nuevas formas.

Cuando llegamos a nuestro destino nos dividimos en cuatro equipos y comenzamos a caminar por toda la ciudad, pidiendo al Espíritu Santo que nos guiara hacia dónde debíamos ir y con quién teníamos que hablar. Mi equipo había estado caminando más o menos durante hora y media cuando conocimos a Manuel, un hombre de aproximadamente 70 años. Lo primero que me llamó la atención de Manuel es que caminaba con dificultad. Nos acercamos a él y comenzamos a hablar. Nos dijo que le dolía la pierna y nosotros le preguntamos si nos dejaba orar por él. Su esposa estaba junto a él y se burlaba de nosotros, diciendo que nuestra oración no iba a funcionar y que Dios no hacía cosas imposibles. Se respiraba un ambiente de mucha duda e incredulidad.

Este encuentro con Manuel y su esposa me hizo entender que el desierto en el cual predicó Juan el Bautista no solo significa morir a nuestra comodidad, también representa el estado espiritual de muchas personas: un lugar árido donde aún no se ha sembrado, sin agua y sin ningún tipo de vida, tal como explica Efesios 2:1, un estado de muerte en vida causado por nuestros pecados.

El propósito que Dios tenía al llamar a Juan a predicar en el desierto era impartir vida en un lugar donde reinaba la muerte. Cuando decidimos renunciar a nuestra comodidad para ir al desierto al que Dios nos ha llamado, tenemos el poder de cambiar ambientes de

incredulidad en ambientes de fe porque Dios ha puesto en nuestra lengua el poder de la vida (Proverbios 18:21). Nunca subestimes el poder que Jesús te ha dado para traer Su Reino en el lugar donde te encuentras.

Aunque Manuel y su mujer parecían no tener fe, nosotros teníamos en nuestra lengua el poder para impartir fe sobre ellos, así que comenzamos a contarles testimonios de lo que habíamos vivido y de los milagros de sanidades que Dios había hecho en las últimas semanas en nuestro barrio en Madrid. La esposa siguió llena de incredulidad pero un poco de fe penetró en el corazón de Manuel mientras escuchaba lo que Dios había hecho en la vida de otras personas. Cuando oramos por él, ¡el dolor se fue de su pierna! Nos regaló 70 céntimos de euro (era todo el dinero que llevaba con él) aunque insistimos en que no lo hiciera. Le explicamos que nada de lo que hacemos es por dinero pero aún así quiso darnos ese donativo. Para nosotros fue una gran bendición y fue el primer milagro de provisión que vimos durante ese viaje que hacíamos como los discípulos. Pudimos comprar una botella de agua y saciar la sed que teníamos. ¡Dios es bueno!

Nuestras ciudades necesitan escuchar sobre quién es Cristo y lo que Él hace. Usa tus palabras para impartir fe a otros. No importa que conozcas ateos o agnósticos, háblales de lo que Dios ha hecho en tu vida o en la vida de tus amigos, testifica acerca de los milagros que has visto. He hablado con muchos ateos que al principio tenían un corazón duro y cerrado, pero mientras escuchan historias reales de lo que Dios hace en el siglo XXI algo va cambiando en ellos, e incluso algunos me han pedido que ore por ellos. ¡Otras veces hemos visto ateos que han reconocido que van al infierno y nos preguntan que qué deben hacer para ser perdonados! ¡Nunca menosprecies el poder de tu testimonio!

Dios se glorifica cuando nos movemos y tomamos decisiones por fe y no por lo que nuestros sentidos nos dicen. Renunciar a lo cómodo no es fácil, pero merece la pena. Abraham tuvo que hacer lo mismo cuando dejó Ur, su ciudad natal, para ir a un lugar al que no conocía. Pedro y su hermano lo hicieron al dejar las redes y seguir a Cristo sin saber dónde pasarían la noche. La prostituta Rahab, que vivía en Jericó, había escuchado las maravillas que Dios había hecho en Israel

y estas historias produjeron fe en ella para tener temor de Dios (Josué 2:8-13). La fe de Rahab hizo que protegiera a los espías israelitas enviados por Josué y gracias a esto ella y su casa se salvaron, además de ser la bisabuela del gran Rey David y antepasada del Rey Jesús!

Uno de los momentos de la semana que más disfruto es cuando testifico a mis compañeros de trabajo de lo que Dios hace en la calle y en mi iglesia local. Milagros, conversaciones, todo lo que Dios hace lo cuento en mi trabajo. Al principio me daba mucha vergüenza porque pensaba que iban a ofenderse o a burlarse de mí, pero sé que mi lugar de trabajo es un desierto donde puedo impartir vida con mis palabras. Es impresionante lo que Dios hace cuando decides abrir tu boca. El deseo de Dios es que aproveches cada oportunidad para impartir fe en otros y que veas desiertos secos y áridos transformarse en ríos.

Hay una profecía en el libro de Isaías que habla sobre lo que Dios quiere hacer en el desierto. Dios nunca ha querido que los desiertos espirituales en los que predicamos se mantengan secos y sin vida, al contrario, Él quiere que los lugares secos sean transformados en lugares fértiles y llenos de vida. Presta atención a esta escritura:

*“Y voy a derramar **aguas sobre el desierto y ríos sobre la tierra seca, y también voy a derramar mi espíritu sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos.**” (Isaías 44:3 RVC, énfasis añadido)*

Su Espíritu ha sido derramado sobre nuestra generación para que transformemos lo muerto en vida. Con el Espíritu Santo saturando cada área de nuestras vidas veremos los desiertos reverdecer. Me gusta pensar que las aguas y los ríos que Dios va a derramar sobre el desierto somos nosotros mismos testificando a un mundo espiritualmente muerto. Comenzó con Juan el Bautista pero continuó con los discípulos, y los discípulos de los discípulos... y así hasta que ha llegado a ti y a mí.

El desierto es el lugar perfecto para matar nuestra carne y ser transformados por Dios y es, al mismo tiempo, el lugar donde Dios quiere usarnos para impartir vida en otros. Nunca valores tu comodidad por encima del llamado que Dios ha puesto sobre tu vida.



Recuerda que Dios te ha dado poder para impartir vida y ha derramado su Espíritu Santo sobre ti para ser un río sobre la tierra seca. Mi oración es que seas la voz que clama con amor y pasión sea cual sea el desierto en el que Dios te ha puesto.

## 4. IR A DONDE NADIE HA IDO

Si has leído el evangelio de Lucas es muy probable que recuerdes el momento en el que el sacerdote Zacarías tuvo una visitación milagrosa donde el arcángel Gabriel le dio un mensaje acerca del nacimiento y misión de su futuro hijo, Juan:

*“Él irá primero, delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y guiar a los desobedientes a la sabiduría de los justos. De este modo preparará un pueblo bien dispuesto para recibir al Señor.” (Lucas 1:17).*

Yo no sé cómo reaccionaría si un arcángel viniera a visitarme, pero creo que me desmayaría del susto. El mensaje tenía que ser sumamente importante para que Dios decidiera enviar al arcángel Gabriel. El sacerdote Zacarías y su esposa Elisabet habían anhelado tener un hijo por muchos años, y por fin estaban viendo el fruto de sus oraciones.

Me llena de esperanza saber que Dios había escuchado las oraciones que Zacarías y Elisabet habían realizado durante tantos años, anhelando tener un hijo. Esto me anima a perseverar en la oración por asuntos en los que pensamos que nunca veremos respuesta. Dios no ignora nuestros deseos, Él conoce nuestro corazón mejor que nadie y Él responde a nuestras oraciones en el momento apropiado.

Me habría encantado ver la cara de alegría y sorpresa de Elisabet cuando supo que estaba embarazada. Quizá también sintió vergüenza. Imagínate a una mujer en su vejez, yendo a la sección de maternidad en el supermercado. Lo cierto es que el embarazo de Elisabet era un milagro evidente a los ojos de todo el pueblo y a nadie le cabía duda que la mano de Dios estaba sobre esta familia, es posible que les recordara a la historia de Abraham y Sara. Con toda certeza fue uno de los momentos más impactantes en las vidas de esta pareja, no solo por la gran noticia de saber que serían padres, sino por la misión encomendada para su hijo: *ir primero, delante del Mesías*, para prepararle el camino.

Ser el primero e ir delante de alguien no es fácil cuando no hay ningún mapa trazado, y mucho menos cuando no hay un camino por

el cual andar. Imagínate ir de vacaciones a un lugar que no conoces, del que no existe ningún mapa para poder guiarte y donde todavía no se ha construido ninguna carretera que te lleve. Ni si quiera tienes las coordenadas para poder introducirlas en el GPS. Visto de esa forma, parece una tarea complicada, la cual solo algunos temerarios se atreverían a emprender.

En la Biblia encontramos algunos hombres y mujeres que decidieron adentrarse en lugares que nadie había pisado antes, a este tipo de personas las llamamos pioneros o precursores, aquellos que inician la exploración de nuevas tierras y abren camino a aquellos que vienen detrás.

Ese fue el caso de Moisés, que estuvo dispuesto a obedecer a Dios y liberar al pueblo de Israel de los varios cientos de años de esclavitud en Egipto. Una hazaña que nadie se había atrevido a realizar. La reina Esther estuvo dispuesta a perder la vida al ir a hablar con el rey sin haber sido requerida, y gracias a su denuedo salvó al pueblo judío de un terrible genocidio.

También puede ocurrir que un pionero no sepa que es pionero, como Cristóbal Colón, que no sabía que estaba pisando el continente americano y desconocía que su descubrimiento cambiaría el rumbo de la historia tal y como era concebida en su época. Pero el caso de Juan el Bautista fue diferente, él sabía que había nacido para ser el precursor del Mesías y para abrir brecha con el fin de que el Rey de Israel tuviera un camino por el cual caminar, ¡qué gran privilegio y honor!

Quizás no te ves capaz de llegar a ningún lugar sin un mapa, y mucho menos sin un camino construido, pero sé que hay momentos en nuestra vida donde tenemos que tomar pasos que nadie más se ha atrevido a dar y eso me hace tener un profundo respeto por aquellas personas que están dispuestas a ir a donde nadie ha ido antes o hacer lo que nadie ha hecho antes. Requiere esfuerzo y no dejarse intimidar por el miedo a lo desconocido, pero sobre todo requiere plena confianza en Dios.

Seguramente conoces a personas que han sido las primeras en atreverse a hacer algo que nadie antes se había atrevido a hacer.

Pienso en uno de los hombres que más admiro, Jacob Bock, un misionero norteamericano que llegó a España en 1985. Durante muchos años estuvo viajando alrededor de todo el país haciendo espectáculos evangelísticos para niños, hasta que en el año 2003 tomó la decisión de dejar a un lado toda la parafernalia del 'show' para ir todos los días a una plaza y predicar el mensaje de la cruz, así como lo hacían los apóstoles y los profetas de la Biblia: sin plataformas, sin micrófonos, y sin entretenimiento.

Gracias a que él se atrevió a hacer algo que nadie se había atrevido a hacer en Madrid, ahora existe Ontheredbox, un ministerio de evangelismo y oración en la plaza más importante de España: la Puerta del Sol.

Antes de Ontheredbox nadie podía imaginarse que hacer evangelismo a diario era posible, para muchos era una actividad semanal o incluso anual, pero hubo un hombre que abrió camino para enseñar a la iglesia de España y Latinoamérica que sí es posible evangelizar cada día de la semana. Como relaté en el primer capítulo, yo conocí a este grupo el primer año que llegué a Madrid y desde entonces he estado involucrado con esta organización.

## **Aún faltan muchos por escuchar**

Aunque España es un país de tradición cristiana, la mayoría de los jóvenes nunca han pisado una iglesia: ni católica ni protestante. En realidad, la mayoría de los jóvenes españoles ni si quiera saben por qué murió Cristo en la cruz. Preparar el camino significa hablar con personas que nunca han escuchado este mensaje y que probablemente nunca entrarían en nuestros lugares de culto. Juan el Bautista pudo haber predicado en las sinagogas, pero el camino que estaba preparando no era solo para los judíos sino para todas las personas que estuvieran dispuestas a arrepentirse. Prostitutas, recaudadores de impuestos, soldados, políticos... personas que nunca habrían entrado en la sinagoga pero a las cuales Cristo estaba deseando rescatar. Por primera vez Dios nos estaba mostrando que la salvación sería posible no solo para el pueblo de Israel, sino para toda la humanidad.

En el año 2007 Dios puso en mi corazón el deseo de visitar Turquía, uno de los países con menos misioneros cristianos y con un inmenso porcentaje de población musulmana. Presta atención a las siguientes estadísticas proporcionadas por AGWM (Assemblies of God World Missions):

*1 de cada 3 habitantes en Estados Unidos asegura conocer a Cristo, comparado con:*

*1 de cada 7 en Brasil*

*1 de cada 15 en China*

*1 de cada 20 en Burkina Faso*

*1 de cada 48 en República Checa*

*1 de cada 50 en la India*

*1 de cada 200 en Tailandia*

***1 de cada 20.000 en Turquía***

Es imposible leer estos números sin estremecerse. En occidente a veces pensamos que todo el mundo sabe quién es Cristo, cuando en realidad hay muchos lugares en los cuales el mensaje de la cruz aún no ha sido predicado. Otras veces damos por hecho que habrá personas que irán a proclamar a Cristo en los lugares “no alcanzados”, pero si nosotros no apoyamos a misioneros o no vamos como misioneros, entonces habrá millones de personas que nunca sabrán que hay esperanza en Jesús.

En el año 2011 el anhelo de ir a Turquía se intensificó y decidí dar el primer paso haciendo un viaje exploratorio. Hablé con el equipo pastoral de la iglesia local a la que asisto y sometí mis deseos de ir a Turquía a su aprobación. Cuando Dios ponga en tu corazón el deseo o el llamado de ir a otro lugar como misionero, habla con tu pastor y con tus líderes espirituales acerca de esto. Es importante que les expliques cómo fue ese llamado y que les preguntes qué es lo que piensan acerca de ello. Ellos podrán darte consejo sobre cómo debes prepararte y podrán indicarte el tiempo adecuado que necesitas para dar el paso siguiente. No vayas a ningún lugar sin la bendición de tu pastor ni de tu iglesia local, es muy peligroso moverte sin la “cobertura” de tus autoridades espirituales y de tu iglesia local.

## No vayas solo

Una vez que tuve la bendición del equipo pastoral, comencé a planear la ruta del viaje y recopilé toda la información que consideraba necesaria. Sabía que era la voluntad de Dios que hiciera este viaje, sin embargo, a las pocas semanas de preparar el viaje, comencé a tener problemas para dormir, algo que nunca me había ocurrido. Al principio no relacioné los problemas para dormir con el viaje a Turquía, pero al ser algo tan constante le pregunté a Dios que cuál era el problema y por qué no podía dormir. Me encanta el privilegio que tenemos los cristianos de poder acercarnos a Dios con confianza y hacerle preguntas en cualquier momento. Aunque Dios nos responde de muchas maneras diferentes, en ese momento abrí mi Biblia y para mi gran asombro me encontré con estas palabras del libro de Eclesiastés:

*“Mejor son dos que uno, pues reciben mejor paga por su trabajo. Porque si caen, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del que está solo! Cuando caiga no habrá otro que lo levante. También, si dos duermen juntos se calientan mutuamente, pero ¿cómo se calentará uno solo? A uno que prevalece contra otro, dos lo resisten, pues cordón de tres dobleces no se rompe pronto.” (Eclesiastés 4:9-12)*

Enseguida comprendí que tenía que hacer el viaje con otra persona y que no era sabio viajar solo. Ésta ha sido una de las grandes lecciones de mi vida porque por lo general soy una persona muy independiente; pero Dios me ha enseñado que la independencia nunca es buena ya que fuimos creados para ser parte de una familia. Él quiere protegernos y sabe que seremos mucho más eficaces si funcionamos como cuerpo.

Le pregunté a uno de mis mejores amigos si quería venir conmigo y en octubre del 2011 realizamos el primer viaje a esta nación (actualmente he estado en Turquía en cuatro ocasiones y en 2014 ¡pude llevar un equipo de jóvenes para estar allí tres meses!). Por cierto, después de aquel día en el que leí la escritura de Eclesiastés, ¡pude dormir con toda normalidad!

## Comienza donde estás

Para preparar el camino no hace falta que vayas a otro país ni te mudes a otra ciudad. En el lugar donde vives todavía hay muchas personas que no tienen revelación de lo que Jesús hizo por ellas en la cruz. ¿Estás dispuesto a hablar con personas que no saben quién es Cristo? Comienza por las personas en tu familia que nunca han ido a una iglesia, invítalos a comer o a cenar, y compárteles tu testimonio. Quizá puedes quedar con tus amigos y ser la primera persona que les hable del Rey que entregó su vida para perdonar sus pecados.

También es posible que Dios te llame a ir a lugares donde el evangelio aún no ha sido predicado. Medio Oriente es una región de varios países donde el mensaje de Jesús no ha podido extenderse. Dios ha puesto en mi corazón movilizar a jóvenes de España y Latinoamérica para ir a estos lugares donde la mayoría de la población es musulmana.

Juan el Bautista estuvo dispuesto a poner los ladrillos del camino por el que andaría Cristo. Fue el primero en ir al desierto para rescatar almas del reino de las tinieblas, pero no fue el último. Todos nosotros somos llamados a ir a la línea de batalla y anunciar la esperanza de salvación que Cristo nos da.

Así como el propósito del ministerio de Juan el Bautista era preparar un pueblo *bien dispuesto* para la “primera venida” del Rey Jesús, nosotros somos llamados a preparar el camino para el regreso de Cristo a la Tierra. Parece una misión bastante grande pero para Dios no hay nada imposible, y con Él en nosotros podremos ver a las naciones rendirse a los pies de Jesús.

*Si quieres más información sobre cómo puedes involucrarte en misiones a Medio Oriente puedes visitar la página web de nuestra plataforma Preciosa Sangre: [www.preciosasangre.org](http://www.preciosasangre.org).*

## 5. ENDEREZANDO LO TORCIDO

*“Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; Enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; Los caminos torcidos serán enderezados y los caminos ásperos allanados;”* (Lucas 3:4-5, RVR1960, énfasis añadido).

Enderezar significa poner recto algo que está inclinado o torcido, también significa arreglar o corregir el comportamiento de una persona. Tanto Juan el Bautista como nosotros, vivimos en sociedades torcidas, desviadas de rectitud e inclinadas a hacer lo malo. Los seres humanos tendemos a hacer lo que nos da la gana porque nuestra propia naturaleza no quiere someterse a Dios. Entonces, ¿cómo enderezó Juan el Bautista el camino torcido por el que caminaba su generación? No debemos olvidar que el camino que le fue encomendado preparar para el Rey Jesús debía ser un camino recto, sin baches y sin huecos.

La manera en que Juan “*enderezó lo torcido*” fue hablando abiertamente del pecado y explicando a las personas su necesidad de arrepentirse delante de Dios. El mensaje que predicaba Juan el Bautista era muy directo y confrontaba lo más profundo del corazón de las personas. Un ejemplo del arrojo de Juan fue cuando le dijo a Herodes, uno de los líderes políticos más influyentes de su región, que dejara de acostarse con su cuñada. ¿Te imaginas confrontar a los políticos de tu ciudad de la forma que lo hizo Juan?

Lo sorprendente es que Herodes escuchaba a Juan *de buena gana* (Marcos 6:20, RVR1960). En otra versión dice así: *Herodes se inquietaba mucho siempre que hablaba con Juan, pero aún así le gustaba escucharlo* (Marcos 6:20, NTV, énfasis añadido). ¿Cómo es posible que a Herodes le gustara escuchar la confrontación de Juan? La única manera de que te guste escuchar a alguien confrontarte por tu pecado es porque entiendes que la motivación de esa persona viene de un amor genuino. No me imagino a Juan el Bautista denunciando el pecado sin amor o sin compasión, él entendió que para enderezar algo sin romperlo debía hacerlo con un amor intenso.



Aunque es cierto que muchas personas no querrán arrepentirse ni poner su fe en Cristo, la mayoría de las personas están dispuestas a escucharnos hablar de la dura realidad del pecado, el juicio, el infierno y la eternidad, si lo hacemos con un corazón movido por compasión genuina. Debemos hablar del pecado pero debemos hacerlo con misericordia, porque después de todo, también nosotros merecemos el infierno y no somos mejores que ninguna de las personas a las que predicamos.

## **La importancia de hablar claramente del pecado**

Una de las razones por las que nos da miedo denunciar el pecado de las personas es porque no hemos tenido buenos ejemplos ni referentes sanos de evangelistas que prediquen llenos de compasión. Durante años hemos escuchado a predicadores juzgar a las personas como si quisieran que se fueran al infierno, algo completamente opuesto al corazón de Dios, quien no quiere que *nadie perezca sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9)*. Lamentablemente, esto nos ha llevado a cometer el error de irnos al otro extremo y no querer ni mencionar el pecado.

En las últimas décadas hemos tenido tanto miedo de ofender a las personas que ya ni mencionamos el pecado ni el arrepentimiento. He asistido a eventos evangelísticos (conciertos musicales, eventos deportivos, comidas, etc.) donde lo único que buscan es caer bien a la comunidad donde viven y por lo tanto evitan hablar de cualquier tema relacionado con el arrepentimiento de pecados. No estoy en contra de eventos para servir a la comunidad o para dar a conocer tu organización, sin embargo, a menos que se hable claramente del mensaje de la cruz, no se les puede llamar eventos “evangelísticos”.

Pensamos que tiene más eficacia escribir mensajes positivos en lugar de hablar claro sobre el pecado y sus consecuencias, y de lo que a Cristo le costó salvarnos. Lo más seguro es que si confrontamos a la gente con su pecado no tengamos la misma aceptación, pero si no hablamos claro, las personas nunca podrán ser salvas. No podemos dejarnos llevar por el temor a la reacción de la gente. Debemos movernos en fe y obedecer a Dios, predicando la cruz con denuedo en nuestras canciones, obras teatrales, mensajes, etc.

Hablar de “valores cristianos” no es evangelizar. Predicar la cruz sí lo es. Cristo nos pidió anunciar el arrepentimiento, proclamar en nuestras ciudades que Su reino se había acercado y exhortar a las personas a tomar la decisión de dejar atrás su pecado. Atrévete a predicar el evangelio tal y como es, sin quitarle ni añadirle nada, créeme, te sorprenderás del poder que acompaña al mensaje de la cruz.

Juan el Bautista nos enseñó que para enderezar un camino torcido debemos hacerlo con un corazón lleno de compasión pero también sin pelos en la lengua. Denunciamos el pecado porque sabemos las terribles consecuencias que produce en nuestras vidas... pero sobretodo para darnos cuenta de la tremenda necesidad que tenemos de un Salvador que nos perdone y cambie nuestro corazón.

Si tú fueras el único cristiano al que un *no-creyente* conocerá en su vida, ¿qué es lo que le dirías? Si supieras que tu padre, el cual todavía no ha entregado su vida a Cristo, fuera a morir en dos días, ¿qué conversación tendrías con él? ¿Tendrías el amor suficiente para hablarle de la realidad de su pecado y del precio tan grande que Cristo pagó para salvarlo? Si no hablamos a las personas de manera clara acerca del pecado, del juicio y del infierno, no podrán entender por qué el Rey Jesús tuvo que ir a la cruz a morir por nuestros pecados. ¿Por qué habría de importarnos la cruz si no nos importa nuestro pecado?

### **Los malos que piensan que son buenos y los malos que saben que son malos**

Juan el Bautista confrontó a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: *¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aún de estas piedras. (Lucas 3:7-8, RVR1960)*

Jesucristo también confrontó a los religiosos repitiendo el mismo mensaje de Juan: *“¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?” (Mateo 23:33)*

¿Invitarías a Juan el Bautista o a Jesucristo a predicar a tu iglesia o a tu reunión de jóvenes? Algo que me llama la atención es que este mensaje de confrontación tan fuerte estaba principalmente dirigido a los que se creían religiosos y buenas personas. A la mujer que fue hallada cometiendo adulterio Jesús le dijo: *Ni yo te condeno, vete y no peques más*. Pero a los fariseos, es decir, a los que se creían buenas personas, los llamaba generación de víboras.

Debemos recordar que el camino que Juan estaba preparando para Cristo no solo debía ser un camino recto, sino también plano. Observa cómo lo describe el profeta Isaías: *“Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado;” (Lucas 3:5, RVR 1969)*.

Durante los tres meses que estuve en Turquía, viví en una casa preciosa, espaciosa y con una vista envidiable de la ciudad. Sin embargo, para llegar a la casa teníamos que subir un camino muy empinado. Todos los días, varias veces al día, subíamos y bajábamos esa cuesta. La casa era increíble, pero debido a que la cuesta tenía una pendiente demasiado inclinada, no se podía percibir la belleza de la casa hasta que llegabas ahí. Sin embargo, si el camino hubiera sido recto, la casa se habría podido ver desde lejos.

Aquellos que se consideran buenas personas y creen que son justos por sus propios méritos son como montes y collados, a los que su autosuficiencia y religiosidad les impide ver la belleza de Cristo; pero al ser confrontados con su pecado, los montes comienzan a bajarse, el camino comienza a aplanarse y la hermosura de Cristo comienza a ser revelada.

Juan el Bautista dijo a este tipo de personas: *“No comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre”*. Lo que les estaba diciendo, en otras palabras, era: *“no pongáis vuestra confianza en vuestra religión, ser judío no te salva, tus obras buenas no quitan tu pecado, tu estatus social no perdona tu rebeldía”*. Y lo mismo ocurre hoy en día, la mayoría de las personas con las que hablo en las calles piensan que son lo suficientemente buenos y que

merecen el cielo. Por eso es tan importante “enderezar lo torcido” y que se “baje todo monte y collado” explicando a la gente que no somos tan buenos como creemos.

Los valles, por otro lado, representan a las personas que son conscientes de su pecado, los ladrones y las prostitutas que se sienten hundidos en el fango de su pecado, pero al escuchar acerca de Cristo, el valle comienza a ser “rellenado” con la gracia y la misericordia de Dios.

Por lo tanto, da igual si alguien se encuentra en el monte del pecado de creerse bueno, o en el valle de la condenación; el evangelio tiene el poder para bajar el monte y para rellenar el valle, para que el camino sea completamente plano y las personas puedan ver a Cristo.

## **Habla con claridad**

Recuerdo una conversación que tuve con Steve, un universitario norteamericano que estudiaba en Madrid. La historia de cómo llegué a hablar con él fue realmente asombrosa. Casi cada semana, el grupo de jóvenes de la iglesia local a la que pertenezco salimos a la calle para hablar con la gente, predicar la cruz y orar por enfermos. Antes de salir de nuestro local, nos dividimos en equipos de tres o cuatro personas y tenemos un tiempo de oración donde le pedimos al Espíritu Santo que nos muestre qué quiere hacer.

Durante el tiempo de oración vi dos imágenes en mi mente: una margarita y un girasol. No sabía muy bien lo que significaba esto pero, en obediencia a esa palabra, nuestro equipo decidió ir a la floristería más cercana. Cuando llegamos, nos encontramos con dos fotografías gigantes, una era de una margarita y otra era de un girasol! Cuando vimos las fotografías nos sorprendimos mucho y estábamos realmente agradecidos por la guía y dirección que el Espíritu Santo nos había dado. Mirando alrededor de la floristería, vimos a un joven sentado en el suelo y me acerqué a hablar con él.

Durante los primeros dos minutos me presenté y le expliqué que éramos un grupo de amigos cristianos que salía cada semana a hablar con la gente. Sabía que tenía que ser claro con él y con amor y

misericordia comencé a hacerle preguntas acerca de algunos pecados específicos. Steve me dijo que era culpable de haber roto los mandamientos de Dios y que sabía que iría al infierno. Le expliqué que Cristo no nos pedía ser personas moralmente buenas, sino personas arrepentidas de corazón, que estén dispuestas a confiar completamente en Él, el único que puede salvarnos de nuestros pecados. Claramente le expuse que no se trataba de ir los domingos a la iglesia sino de someter toda nuestra vida bajo el gobierno del Rey Jesús. Su respuesta me encantó: “Nunca me habían hablado así de claro, entiendo lo que me dices y tengo que pensarlo muy bien antes de tomar una decisión”.

A veces solo nos preocupa que alguien repita con nosotros la “oración de fe”, pero lo más importante es que las personas entiendan la necesidad de arrepentirse de sus pecados y confiar en Cristo.

Cuando hables con alguien acerca del pecado, te animo a que seas concreto. Haz preguntas sobre pecados específicos. Por ejemplo, hay personas que me han dicho: “Yo nunca he cometido adulterio.” Pero cuando comienzo a explicarles que Cristo nos enseñó en el sermón del monte que el adulterio no es solamente ser infiel a tu esposa o a tu esposo, y que Él nos dijo que solo con mirar con lujuria habíamos cometido adulterio en el corazón, entonces pueden entender lo que es el pecado de manera más clara. Si alguien no reconoce que ha pecado no intentes convencerlo de lo contrario, solamente haz preguntas sobre pecados específicos y deja que sea el Espíritu Santo quien le convenza. No es nuestro trabajo convencer a alguien de su pecado, solo el Espíritu Santo tiene autoridad y poder para hacerlo (Juan 16:8).

Juan el Bautista fue específico cuando hablaba del pecado. Les dijo a los funcionarios de hacienda que no aceptaran sobornos. Les dijo a los soldados que no hicieran falsas acusaciones, que no codiciaran tener más dinero y que estuvieran contentos con su salario. A Herodes le reprendió por acostarse con su cuñada y por todas las maldades que había hecho. Al pueblo le pidió ser generoso y dar de comer a los que no tenían comida y vestido a los que no tenían ropa. A los religiosos les confrontó por poner su confianza en el lugar equivocado.

*“Y con estas y otras muchas **exhortaciones** anunciaba las **buenas noticias** al pueblo.”* (Lucas 3:18, RVR1960 énfasis añadido)

¿No te llama la atención el hecho de que "con *exhortaciones anunciaba las buenas noticias*". ¿Cómo puede una exhortación ser una buena noticia? La única manera en la que el pueblo comprendería las buenas noticias de salvación en Cristo sería si antes veía su necesidad de arrepentirse por los pecados que habían cometido. Hasta que no entendemos lo terrible que es nuestro pecado delante de Dios, no podemos entender la terrible muerte de Cristo en la cruz.

Somos llamados a advertir a las personas sobre las consecuencias del pecado, pero sobre todo somos llamados a darles las increíbles noticias: hay esperanza de salvación y perdón en Jesús.

*Señor, danos la gracia para enderezar lo torcido sin romperlo. Danos el amor para confrontar el pecado de nuestra generación y la compasión para clamar por ellos. Pedimos que los montes y los valles se bajen. Danos tu corazón Padre, tú no quieres que ni una sola persona perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.*

## 6. JESÚS, EL CORDERO DE DIOS

Dios Padre había enviado a su único Hijo a la Tierra para reconciliar a la humanidad consigo mismo. Pero era necesario que Juan el Bautista construyera el camino por el cual el Hijo de Dios caminaría hacia el corazón de los hombres. La misión de Juan era preparar al pueblo para encontrarse con el Salvador del mundo y finalmente, el gran momento había llegado: Jesús sería presentado públicamente.

Juan el Bautista se encontraba en Betábara, el lugar habitual donde bautizaba a la gente al lado del río Jordán. Algunos habían venido a escucharle por simple curiosidad, otros solo querían ver a aquel hombre de aspecto raro y un tanto friki que vestía con piel de camello, al que la gente tenía por profeta... pero dentro de esta multitud, también había personas con verdadera hambre, deseando arrepentirse de sus pecados y ser bautizadas por él.

Aquella mañana era especial, Juan había comenzado su día teniendo un tiempo de intimidad con Dios y en la quietud de su espíritu había escuchado la voz del Padre diciéndole: *Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. (Juan 1:33 RVR1960).*

Este aspecto de la vida de Juan el Bautista nos reta a prestar mucha atención a lo que el Padre nos dice cuando pasamos tiempo a solas con Él. Aunque el ministerio público de Juan era algo tremendo, la verdadera fuente de poder se encontraba en su relación con el Padre. Dedicaba momentos específicos para callarse y simplemente escuchar la voz de Dios hablando a su corazón. Y ese día, el Padre le había revelado que sabría quién era el Mesías porque vería al Espíritu Santo descender y permanecer sobre él. ¡Sin duda sería un día emocionante!

La gente había llegado a la orilla del Río Jordán y la multitud estaba esperando la predicación de Juan el Bautista, pero en aquel día el mensaje de Juan sería diferente porque había uno en medio de la multitud al que la gente no conocía aún. Aquel hombre que venía después de Juan pero que era antes de él. Juan estaba nervioso y atento... mirando entre la multitud por si acaso pudiera reconocerle,

expectante de ver cara a cara a aquel del que tanto había predicado a la gente.

Y de repente ocurrió, vio al Espíritu Santo descender del cielo como paloma y permanecer sobre un hombre de edad similar a la suya. Juan no podía creerlo, por fin había visto el rostro del Hijo de Dios, la imagen visible de Dios frente a él. Su corazón latía más rápido que de costumbre, su espíritu experimentaba un gozo y una paz inexplicables, el ambiente desprendía una santidad y un poder absolutamente divinos.

Aunque Jesús era un familiar de Juan (lo sabemos porque Lucas 1:36 nos dice que María, la madre de Jesús, era parienta de Elisabet, la madre de Juan), lo más probable es que el único momento en el que Juan estuvo cerca de Jesús antes de ese día, fue dentro de la barriga de su madre Elisabet, cuando María fue a visitarla durante el tiempo en que ambas estaban embarazadas.

Sea como fuere, intuimos que Juan el Bautista no sabía que Jesús era el Mesías por lo que leemos en el evangelio de Juan 1:31: *“Y yo (Juan el Bautista) no le conocía (a Cristo); más para que fuese manifestado a Israel, para esto vine yo bautizando con agua.”* Y otra vez en Juan 1:33-34 leemos *“Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.”*

Aquel día el mismo Hijo de Dios estaba acercándose a él. Juan sintió todo su espíritu ser traspasado por la mirada de aquel hombre en quien reposaba la paloma. Tenía temor y paz al mismo tiempo, se sentía completamente expuesto pero a la vez protegido. Las personas se habían percatado de que algo fuera de lo normal estaba ocurriendo. La cara de Juan evidenciaba que algo estaba a punto de suceder, la atención de todas las personas estaba sobre Juan y sobre el hombre en el que reposaba una paloma, y entonces las palabras de Juan resonaron en los oídos de todos:



*“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.” (Juan 1:29-30, RVR1960)*

Entender el contexto de la cultura judía y oriental nos ayuda a entender mejor este momento. Para nosotros, los occidentales, lo natural es describir con adjetivos, pero en oriente lo natural es hacerlo con imágenes. Juan el Bautista estaba presentando a Cristo con una imagen muy familiar para el pueblo judío: un cordero.

El pueblo conocía muy bien el significado del cordero. Estaba relacionado con sacrificios y tradiciones judías muy importantes, la primera era la fiesta de la pascua, que comenzó cuando Dios ordenó a Moisés y al pueblo judío matar un cordero sin mancha ni defecto y rociar con su sangre el dintel de la puerta de sus casas. Esta señal de la sangre en la puerta les protegería del ángel de la muerte enviado por Dios para matar a los hijos primogénitos del pueblo egipcio que tenía en cautiverio a Israel.

La segunda tradición es el Día de la Expiación, en nuestro lenguaje actual sería algo así como “El Día del Perdón”. Este era el día más importante del calendario hebreo. Una vez al año, el sumo sacerdote presentaba el sacrificio de un carnero y de dos machos cabríos, para recibir perdón por su pecado y por el pecado del pueblo.

Para las culturas de oriente y medio oriente, el sacrificio de animales es algo muy común. De hecho, en Medio Oriente, y en muchos lugares de Asia, sigue siendo algo normal entre musulmanes e incluso otras religiones, una tradición llamada “Fiesta del Cordero”, que celebra el momento que Abraham ofreció a su hijo Isaac como ofrenda y Dios proveyó un cordero. Cuando estuve en Turquía tuve la oportunidad presenciar esa celebración y fue muy impactante ver como la mayoría de las familias compraban un cordero para matarlo y después comérselo.

Con todo esto quiero decir que cuando Juan el Bautista presentó a Jesús como el “Cordero de Dios”, estaba dando al pueblo una imagen muy familiar para que entendieran que Jesús vino a ser sacrificado y a derramar sangre, tal como los corderos eran sacrificados en las fiestas solemnes de los judíos.

## El mayor problema de la humanidad

Sin embargo, era importante que las personas entendieran que el principal propósito de este sacrificio no era ayudar a superar la crisis económica del pueblo de Israel, o situarles en una mayor esfera de influencia política. La finalidad de que el Hijo de Dios derramara su sangre, era quitar el pecado del mundo; no la pobreza ni la tristeza, sino el mayor destructor de la humanidad: el pecado.

Recuerdo algo que ocurrió el primer año que le entregué mi vida a Cristo. Tenía muchas ganas (y sigo teniendo) de que las personas experimentaran la misma libertad que Cristo me había dado, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Un día, una amiga a la que le había dicho que era cristiano me llamó llorando por teléfono. En seguida le pregunté qué es lo que le había sucedido y me dijo que su novio la había dejado y estaba destrozada emocionalmente. No sabía muy bien qué decirle ni cómo consolarla, así que lo único que se me ocurrió fue preguntarle si me dejaba orar por ella. Me dijo que sí y entonces oré para que Jesús la consolara en medio de esa situación tan triste. Después de orar ella me dijo que se sentía mejor y me dio las gracias. Aproveché el momento para invitarla a la reunión de mi iglesia local y me dijo que vendría el siguiente domingo.

Efectivamente, el siguiente domingo vino a la iglesia y también el domingo después de ese. Yo estaba muy contento por ver a mi amiga venir a la reunión de la iglesia a escuchar la palabra de Dios. Sin embargo, el tercer domingo ya no la vi. La llamé por teléfono para preguntarle cómo estaba y me dijo que estaba muy bien... “muy feliz” porque ahora tenía “otro” novio.

Yo me sentí terriblemente triste y decepcionado... no entendía en ese momento que mi amiga pudiera olvidarse de Cristo tan rápido, pero años después me di cuenta de que nunca le hablé acerca del “Cordero de Dios que quita el pecado”, solo le hablé de alguien que quitaría su tristeza temporal, pero nunca le hablé de las consecuencias eternas

del pecado, por lo tanto ella nunca pudo conocer a Cristo como Salvador eterno.

Algunas veces cometemos el error de presentar a Cristo como si fuera un producto que se vende: *"Ven a Jesús, pruébalo, verás como te hace la vida mejor; te hace sentir más feliz, más pleno, además viene con un año de garantía y si no te gusta lo puedes devolver"*. Otras veces cometemos el error de presentar a Cristo como si fuera Papá Noel (o Santa Claus para los americanos): *"Dale tu corazón a Jesús, pórtate bien durante el año y te va a dar los regalos que le pides"*. O incluso como si fuera un hombre solitario buscando amigos: *"Pobrecito Jesús, mira como está tocando a la puerta de tu corazón... ábrele la puerta porque está muy solito"*. Pero la realidad es que Cristo no vino a hacernos la vida más cómoda, sino a salvarnos de nuestra maldad.

Cuando un ángel del Señor se le apareció a José en sueños, le dijo que su prometida, María, concebiría un hijo engendrado por el Espíritu Santo y que llamaría su nombre Jesús, porque *"él salvaría a su pueblo de sus pecados"* (Mateo 1:21, RVR 1960, énfasis añadido).

Cuando entendamos que nuestro mayor problema es el pecado, entonces podremos adorar a Cristo como el Cordero de Dios, y podremos permanecer firmes en los momentos de dificultades y tribulaciones, sabiendo que el Hijo de Dios nos rescató de una muerte eterna, y por lo tanto nuestra gratitud y nuestra adoración también serán eternas. Pero si solo vemos a Jesús como alguien que quita nuestros problemas temporales, nuestra adoración y rendición serán meramente temporales, y cuando vengan los momentos difíciles y las tormentas de la vida, no permaneceremos fieles.

Muchos de los judíos que conocieron a Jesús no creyeron que fuera el Mesías porque esperaban que el "ungido de Dios" sería alguien que convertiría a Israel en una potencia política de su época y que los libraría del dominio romano. Otros pensaban que el "Rey de los Judíos" vendría con mucha opulencia. Nunca se imaginaron que el Mesías vendría vestido de humildad y pobreza, amando a los menospreciados, dando gracia a los pecadores y confrontando la hipocresía de los religiosos. Aunque Jesús nos enseñó sobre el dinero y habló de la importancia de honrar a nuestros gobernantes, nunca

ocupó un puesto político porque su reino no era de este mundo. Su principal campo de misión siempre ha sido el corazón del hombre.

Una tarde en la que salimos a hablar con personas de nuestro barrio, dos amigos y yo estábamos caminando por las calles que rodean la iglesia local a la que asisto y vimos una mujer sentada en un banco. Comenzamos a hablar con ella pero parecía tener una actitud muy dura y cerrada al evangelio. Entonces vino a mi mente el siguiente pensamiento: “pregúntale por su hermana”. No era una voz audible ni una aparición angelical, simplemente una impresión en mi mente. Muchas veces el Espíritu Santo nos habla de esa forma, con una voz apacible, suave, que parece un pensamiento fugaz en nuestra mente. Yo no sabía si aquella mujer tenía hermanas y tampoco por qué me vino ese pensamiento, pero continué la conversación haciéndole la siguiente pregunta:

- Disculpe, ¿usted tiene una hermana?
- Sí - me respondió la mujer
- ¿Y cómo es su relación con ella?

La cara de la mujer cambió repentinamente. Comenzó a insultar a su hermana y a explicarnos todo el daño que le había hecho. La mujer nos dijo que su hermana se había quedado con toda la herencia de sus padres y desde entonces sentía un odio profundo por ella.

A mí me sorprendió que el Espíritu Santo me hubiera ayudado de esa forma a ir a la raíz del corazón de aquella mujer. Podríamos haber estado hablando horas sobre asuntos triviales, pero en seguida comenzamos a hablar del pecado, de la falta de perdón y de la importancia de perdonar a los que nos han ofendido.

La mujer terminó reconociendo que ella era incapaz de perdonar y que necesitaba la ayuda de Cristo para poder hacerlo. Fue hermoso orar juntos pidiéndole a Jesús que quitara la falta de perdón de su corazón y que reconciliara la relación con su hermana.

Te animo a ser sensible a las necesidades de las personas pero no te olvides de presentar a Cristo tal y como es: el Cordero de Dios que quita el pecado. Si alguien tiene hambre dale de comer pero también háblale de la cruz. Si alguien está triste animalo, pero también

explícale que Cristo murió la muerte más terrible porque nuestro pecado es terriblemente destructivo y es nuestro mayor problema.

Dios pudo haber enviado a la tierra un psicólogo, un economista o un excelente político, pero en su lugar nos dio un Salvador capaz de borrar todos nuestros pecados y perdonarnos para siempre.

## 7. JUSTICIA Y SANTIDAD

*“Pero Herodías le acechaba y deseaba matarle y no podía; porque Herodes temía a Juan” (Marcos 6:19-20, RVR 1960)*

No estoy seguro de cuántas veces había leído esta escritura antes de darme cuenta de algo absolutamente sorprendente: Herodes, uno de los políticos más influyentes de su región, **temía** a Juan El Bautista. El verbo griego para “temer” utilizado en este versículo es “*phobeomai*” y significa: “tener miedo, admiración y asombro”, todo al mismo tiempo. De esa misma raíz griega sale una palabra con la que seguramente estás más familiarizado: “*phobia*” o “*fobia*”, que significa *miedo exagerado, obsesivo e irracional hacia una persona, cosa o situación determinada*. En otras palabras, lo que nos dice esta escritura es que el sentimiento que despertaba Juan en Herodes era algo mucho más fuerte que simple respeto.

¿Te imaginas qué pasaría si los políticos de nuestras ciudades temieran con esa clase de miedo y admiración a los cristianos? Para entender qué es lo que producía ese temor en Herodes debemos leer el final del versículo:

*“...porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo;” (Marcos 6:20, RVR 1960).*

La justicia y la santidad en la vida de Juan producían temor en Herodes. Esto nos enseña que nuestra justicia y nuestra santidad no solo validan nuestro mensaje, sino que lo inyectan de poder para impactar a los que nos escuchan, incluso a nuestros gobernantes.

No sabemos si en algún momento Herodes intentó sobornar a Juan para callarle. Quizá le ofreció un puesto de trabajo en su palacio con un buen sueldo, con tal de que dejara de predicar. Podemos estar seguros de que Juan tuvo las mismas luchas y debilidades que nosotros, pero sin lugar a dudas fue un referente de integridad para su generación. Herodes percibía que lo que Juan predicaba también lo vivía.

¿Has conocido a personas que predicán una cosa y viven otra completamente diferente? Esos eran los fariseos... enseñaban al

pueblo a vivir de una manera pero ellos vivían vidas completamente diferentes a lo que predicaban. Presta atención a lo que Cristo dijo acerca de ellos:

*“Ustedes deben hacer todo lo que ellos (los fariseos) digan; pero no hagan lo que ellos hacen, porque enseñan una cosa y hacen otra. Imponen mandamientos muy difíciles de cumplir, pero no hacen ni el más mínimo esfuerzo por cumplirlos.” (Mateo 23:3-4, TLA, paréntesis añadido)*

Las enseñanzas de los fariseos eran correctas, tenemos conocimiento de esto porque Cristo dijo a sus discípulos que hicieran lo que los fariseos dijeran, pero que no hicieran lo que ellos hacían, ya que los fariseos no vivían lo que predicaban. Es precisamente esa incongruencia lo que hacía que la predicación de los fariseos careciera de poder. Podemos conocer y enseñar lo correcto, pero si no lo vivimos, nuestro mensaje nunca tendrá autoridad. Ahora fíjate en cómo enseñaba Jesús:

*“La gente se admiraba de cómo (Jesús) les enseñaba, porque lo hacía con plena autoridad y no como los maestros de la ley.” (Marcos 1:22, DHH, paréntesis añadido)*

La autoridad es algo que se puede percibir. Cuando escuchas a alguien que predica lo que vive hay algo que traspasa lo más profundo de tu ser. La gente lo percibió de Jesús, de Juan el Bautista, y es posible que también lo perciba de ti.

En 2015 visité por primera vez el Líbano para conectar con iglesias locales y conocer a algunos líderes cristianos de la ciudad de Beirut. A todos los pastores con los que tuve el privilegio de hablar les hice la misma pregunta: *¿Cómo podemos orar en España y Latinoamérica por la iglesia en el Líbano?* Me impactó escuchar la respuesta de un joven libanés llamado Issam, responsable del grupo de universitarios de una pequeña iglesia de Beirut.

Muchos libaneses buscan la mínima oportunidad para salir de su país debido a que están en constante peligro de guerra (Líbano se

encuentra en medio de Siria e Israel) y, además, al ser un país tan pequeño, las oportunidades laborales escasean y el trabajo que hay no está muy bien remunerado. Issam tuvo varias propuestas para ir a trabajar a Dubái con un sueldo muy bueno, sin embargo, pese al gran futuro que le esperaba en Dubái, decidió que era más importante servir a la iglesia de su país y dispuso su corazón a confiar que Dios se encargaría de suplir sus necesidades. Lo que me impresionó de la respuesta de Issam fue la autoridad y humildad que acompañaban su petición de oración:

*“Por favor, oren para que haya hombres y mujeres consagrados a Dios, lo único que necesitamos para que nuestra nación venga a los pies de Cristo es que la iglesia se consagre totalmente a Jesús.”*

Escuchar a ese joven libanés me hizo reflexionar sobre cómo cambiaría nuestra iglesia local si realmente decidiéramos consagrarnos a Jesús. Es sorprendente lo acostumbrados que estamos al pecado y lo permisivos que somos con las cosas que ofenden a Dios. Para que las naciones conozcan el evangelio, los cristianos necesitamos rendir cada área de nuestras vidas a Jesús. Si nosotros mismos no hemos decidido renunciar por completo al sistema de esta sociedad entonces nunca podremos dar a conocer Su nombre con la autoridad y el poder que tuvo Juan el Bautista, los apóstoles y la iglesia primitiva.

## **El fuego del Espíritu Santo**

Quizá, mientras lees esto, te estés desanimando pensando que tu santidad y tu justicia no son suficientes. Y tienes razón: es imposible vivir vidas santas y justas en nuestras propias fuerzas. La Biblia nos enseña continuamente que ninguna persona va a ser justificada por las obras que haga. Un ejemplo de esto es Noé, el cual no fue justificado por haber construido el arca sino por haber creído a Dios cuando le dijo que enviaría un diluvio.

Las escrituras nos enseñan que Juan el Bautista fue *lleno del Espíritu Santo, incluso desde el vientre de su madre (Lucas 1:15, RVR 1960)*. La única razón por la que Juan el Bautista fue “un varón justo y santo” fue porque estaba lleno del Espíritu Santo. Sin el poder del



Espíritu Santo en nuestras vidas nos cansamos y frustramos, porque sin Él no podemos hacer nada. Pero cuando dependemos del Espíritu Santo y confiamos en Cristo con todas nuestras fuerzas, lo imposible se dobla y comenzamos a vivir vidas sobrenaturalmente santas a través de nuestra fe en el Hijo de Dios.

Mientras estemos en la tierra nos encontraremos en un proceso de santificación, eso quiere decir que todavía hay muchas áreas en nuestra vida en las que Dios sigue apartándonos para Él. Pero puedes tener la completa seguridad de que desde el momento en el que le diste tu vida a Cristo y pusiste tu confianza en Él, Dios te ve como completamente santo y justo, porque ve a Cristo en ti. Creo que por eso Jesús dijo:

*“Les aseguro que entre los mortales no se ha levantado nadie más grande que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.” (Mateo 11:11, NVI)*

Cristo no estaba desprestigiando a Juan cuando declaró esas palabras, lo que nos estaba diciendo era que, aunque Juan el Bautista fue capaz de vivir una vida extraordinaria y ser el más grande de los mortales, ahora, gracias a la muerte y resurrección de nuestro Señor, tenemos acceso a una vida aún más poderosa.

La justicia que anhelamos en nuestras vidas no viene por hacer cosas sino por creer en Cristo. Él es quien vivió la vida santa y justa que nosotros no podíamos vivir. Jesús estuvo dispuesto a ocupar nuestro lugar muriendo en la cruz y recibiendo el castigo de nuestro pecado e injusticia. Y todavía más sorprendente es que ¡Él resucitó, ascendió al cielo y derramó su Espíritu Santo sobre nosotros para darnos el poder que necesitamos para vivir vidas de justicia y de santidad! Jesús, el cual no conoció pecado, ¡se hizo pecado para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él! (2 Corintios 5:21) ¡En Cristo somos declarados inocentes, justos y santos, como si nunca hubiéramos pecado!

Juan ciertamente bautizó con agua para arrepentimiento de pecados, pero Cristo nos bautiza con el fuego del Espíritu Santo. Su fuego en

nosotros nos purifica, nos hace arder de amor por Él y por la gente, nos llena de denuedo y nos da el poder para vivir vidas santas y justas. Nunca ha sido y nunca será por nuestra fuerza o esfuerzo, la única manera de ser hombres y mujeres que viven en justicia y santidad es dependiendo totalmente de Él.

*Señor, perdónanos por pensar que hay algo en nosotros que puede producir justicia o santidad. Ya no queremos “intentar” sino depender completamente de ti. Padre, te pido que derrames tu Espíritu Santo sobre nuestra generación y que nos apartes para ti. Consagramos todo nuestro ser; espíritu, alma y cuerpo, para ti Jesús. Gracias porque la obra que comenzaste en nosotros la terminarás. Te damos gracias porque por tu sacrificio podemos ser santos y justos, gracias por el precio tan grande que pagaste, gracias por tomar nuestro lugar. Te amamos Cristo.*

## 8. SU CAMINO Y NO EL NUESTRO

Hubo un momento en el que el ministerio de Juan el Bautista y el de Jesús coincidieron en el tiempo. Es interesante observar que el comienzo del ministerio público de Cristo tiene algunas similitudes con el ministerio de Juan. Por ejemplo, en Mateo 4:17 encontramos las palabras del primer mensaje público de Jesús: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”*, idéntico a Mateo 3:2 donde leemos la predicación de Juan el Bautista: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”*

Otro ejemplo de esas similitudes es que tanto en el ministerio de Juan como en el de Jesús, las personas eran bautizadas como señal pública de su arrepentimiento, aunque las escrituras nos enseñan que *Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos* (Juan 4:2). Además, Cristo y Juan eran de edad similar (solo se llevaban 6 meses de diferencia). Con todo esto podemos ver de una manera más concreta cómo Juan el Bautista abrió brecha y fue un referente para Jesús.

Un día, los discípulos de Juan parecían estar incómodos y algo desorientados. Juan se dio cuenta de que algo no estaba bien y les preguntó qué ocurría. Ellos respondieron:

*“El hombre que estaba contigo al otro lado del río Jordán, a quien identificaste como el Mesías, también está bautizando a la gente. Y todos van a él en lugar de venir a nosotros...”* (Juan 3:26, NTV)

Durante mucho tiempo las multitudes habían seguido a Juan, su ministerio había sido tan importante y tan lleno de poder que incluso los sacerdotes y levitas le preguntaron si él era el Cristo (aunque Juan respondió claramente que él no era el Mesías que el pueblo estaba esperando). Finalmente, el día llegó cuando Juan presentó a Jesús como el “Cordero de Dios” delante de la multitud, identificándole como el Mesías. A partir de ese momento algunos de los discípulos de Juan siguieron a Cristo, un ejemplo de ellos fue Andrés, el hermano de Pedro (Juan 1:35-42).

¿No te llama la atención que algunos de los apóstoles habían sido discípulos de Juan el Bautista antes de ser discípulos de Cristo? La

enseñanza de Juan les había preparado para encontrarse con Jesús; habían sido confrontados con su pecado por medio de la predicación de Juan y sabían que necesitaban un Salvador.

Me imagino la preocupación que experimentaron algunos de los discípulos que se quedaron con Juan el Bautista al darse cuenta de que el número de personas a las que bautizaban cada vez era menor. Si hubiera ocurrido en nuestra época le habrían dicho algo así como: *“¡Juan, estamos perdiendo seguidores en Twitter! ¡Ya nadie le da a “like” a nuestra página de Facebook! Toda la gente está siguiendo la página de Jesús, aquel que dijiste que era el Mesías. ¿Cómo vamos a seguir con el ministerio si ya no están entrando ofrendas suficientes? Estamos muy preocupados Juan.”*

No debió ser fácil perder seguidores. Las escrituras nos enseñan que Jesús tenía treinta años cuando comenzó su ministerio público (Lucas 3:23), así que en ese momento Juan tendría aproximadamente treinta y un años. A los ojos de todos Juan se encontraba en el apogeo de su ministerio, pero en el tiempo de Dios algo estaba cambiando y Juan lo sabía. Me encanta la respuesta que Juan el Bautista da a sus discípulos, porque nos muestra el corazón que debemos tener todos aquellos que queremos preparar el camino para Jesús:

*“Juan respondió: Nadie puede recibir nada a menos que Dios se lo conceda desde el cielo. Ustedes saben que les dije claramente: “Yo no soy el Mesías; estoy aquí solamente para prepararle el camino a él”. Es el novio quien se casa con la novia, y el amigo del novio simplemente se alegra de poder estar al lado del novio y oír sus votos. Por lo tanto, oír que él tiene éxito me llena de alegría. Él debe tener cada vez más importancia y yo, menos.” (Juan 3:27-31, NTV)*

La respuesta de Juan me emociona y sacude lo más profundo de mi corazón. No puedo evitar sentirme confrontado por la humildad de Juan. A menudo nuestra carne nos invita a promovernos a nosotros mismos. El sistema del mundo nos miente diciéndonos que “valemos lo que tenemos” y si nadie te “conoce” entonces no eres nadie. Pero Juan el Bautista sabía que su seguridad, gozo e identidad no se encontraban en cuánta gente bautizaba o en cuántas personas le seguían, sino en haber hecho lo que Dios le pidió hacer: preparar el camino para Jesús. De la misma forma, nuestro éxito nunca se

encontrará en cuánta gente nos sigue a nosotros, sino en cuánta gente sigue a Jesús.

Juan estaba diciendo: *“Es cierto, estamos perdiendo seguidores y likes en nuestras redes sociales, ya no entran las ofrendas suficientes para sostenernos, ya casi nadie viene a nuestros eventos, pero no importa, porque ahora van con Él. Mi gozo está completo porque todo lo que hemos hecho era para que la gente le conociera, y ahora que le han visto y se han ido con él, nuestra misión está cumplida. Es necesario que Él crezca y que yo disminuya.”*

Muchas de las voces que Dios está levantando para clamar en nuestra generación son voces anónimas: personas que no son conocidas en los ojos del mundo pero sí en el reino de los cielos. En los últimos años he tenido el privilegio de conocer cientos de jóvenes que están transformando sus ciudades y entornos porque son conscientes de que el camino que preparan es el de Cristo y no el de ellos mismos. No son conferenciantes reconocidos pero día a día salen a la calle a orar por enfermos y a predicar el mensaje de la cruz en sus trabajos, en sus escuelas y en cualquier lugar a donde van.

Creo que el avivamiento que veremos en nuestra generación no tendrá que ver con “el gran varón de Dios” que predica en estadios o tiene un programa de televisión, sino con una generación de hombres y mujeres “sin rostro”, llenos del Espíritu Santo, que invaden las calles y las plazas de sus ciudades con el evangelio de nuestro Rey.

Juan el Bautista dijo a sus discípulos que era necesario que Cristo creciera y que él disminuyera. Es una declaración fascinante porque revela la tremenda confianza que Juan tenía en Dios, no se aferró a “su ministerio” sino que estuvo dispuesto a soltarlo con la misma obediencia con la que se fue al desierto en el principio; Juan confiaba en que Dios estaba en pleno control y en que *nadie podía recibir nada a menos que Dios se lo conceda (Juan 3:27)*. Comprender esa verdad te hace libre de la envidia y de la competencia.

Hace años escuché a mi amiga Jaz Jacob leer la oración de un teólogo vasco que vivió en Inglaterra a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, su nombre es Rafael Merry del Val y su oración es conocida como “Oración de la Humildad”. No pude evitar

llorar cuando escuché la oración, no solo por la profundidad que contiene, sino porque reveló el orgullo y egoísmo que había en mi corazón y mostró mi enorme necesidad de recibir la gracia y la humildad de Jesús. Me gustaría que tomaras unos minutos para leer esta oración y pedirle al Espíritu Santo que haga tuyas estas palabras:

*“Jesús, manso y humilde de corazón, líbrame del deseo de ser estimado, del deseo de ser alabado, del deseo de ser honrado, del deseo de ser aplaudido, del deseo de ser preferido a otros, del deseo de ser aceptado. Líbrame, Jesús, del temor a ser humillado, del temor a ser despreciado, del temor a ser reprendido, del temor a ser olvidado, del temor a ser puesto en ridículo. Y dame la gracia para desear que otros sean más estimados que yo, que otros crezcan en la opinión del mundo y yo me eclipse, que otros sean alabados, que otros sean empleados en cargos y que otros sean preferidos a mí en todo.”*

## 9. CÁRCEL

*“Porque el mismo Herodes había enviado y prendido a Juan, y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer. Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano.” (Marcos 6:17-18, RVR 1960, énfasis añadido)*

Ser una voz que clama tuvo consecuencias para Juan el Bautista y es posible que también las tenga para nosotros. Me gustaría que prestaras atención al hecho de que la escritura nos muestra que Juan **“decía”** a Herodes y no que simplemente **“dijo”** a Herodes. La diferencia entre estos dos tiempos verbales nos muestra una característica muy importante de Juan el Bautista: la perseverancia. Él no solo confrontó a Herodes una sola vez, sino que lo hacía una y otra vez. Fue precisamente eso lo que hizo que Herodías, la cuñada y amante de Herodes, hiciera todo lo posible para callar a Juan.

Puedo imaginarme a Herodías persuadiendo a Herodes a usar su autoridad para encarcelar a Juan: *Herodes, cariño, ese hombre no nos deja ser felices... nosotros nos amamos de verdad, pero Juan intenta separarnos. Desde que hablaste con él ya no pareces el mismo, está intentando convencerte de que lo que hacemos está mal, pero tú y yo sabemos que lo nuestro es amor. Ese hombre no es nadie para decirle a la gente cómo vivir su vida, mételo en la cárcel mi amor; hazlo por mí, hazlo por nosotros.*

Preparar el camino para Jesús significa perseverar en nuestro llamado a pesar de las voces que se levantan contra nosotros. Seguramente Herodías amenazó a Juan el Bautista antes de convencer a Herodes de encarcelarlo, pero Juan no se dejó intimidar, sino que perseveró en predicar acerca de la necesidad que tenemos de arrepentirnos de nuestros pecados.

### La dureza de Herodes

Ahora miremos de cerca algunos detalles de la vida de Herodes. Sabemos que, aunque al principio protegió a Juan (Marcos 6:20), en algún momento cedió a la insistencia de su amante y le metió en

prisión. Esto nos muestra algo del carácter de Herodes: alguien que al principio respetaba a Juan como un hombre de Dios, al dejarse seducir por la voz de Herodías, endureció su corazón. La única razón por la que Herodes no mataba a Juan era por temor al pueblo (Mateo 14:5), ya que tenían a Juan por profeta, y matarle no beneficiaría su carrera política.

La voz del Espíritu Santo nos llama al arrepentimiento, pero cuando no obedecemos, nuestro corazón se endurece y produce terribles consecuencias. Juan el Bautista no solo reprendió a Herodes por su adulterio con Herodías, sino que también lo reprendió por todas las maldades que había hecho (Lucas 3:19). Dios le dio a Herodes tiempo para arrepentirse, pero Herodes decidió seguir pecando contra Dios. Todos, al igual que Herodes, tenemos que decidir si nos arrepentimos de nuestros pecados y nos rendimos a Cristo o si seguimos viviendo para nosotros mismos.

Algunas veces he escuchado a evangelistas decir: *“Dar tu vida a Cristo es muy fácil, solo tienes que repetir conmigo estas palabras...”* pero la realidad es que entregarnos a Cristo requiere mucho más que repetir una oración. Seguir a Jesús implica renunciar al control de nuestra vida y someternos completamente a Él. Para Herodes implicaba confrontar a Herodías y dejar de tener relaciones sexuales con ella. También significaba confesar su pecado y pedirle perdón a su hermano Felipe por haberse acostado con su mujer. No eran decisiones fáciles, implicaba perder su reputación, un terrible conflicto familiar y quizá hasta perder su cargo político.

Herodes no quiso arrepentirse de su pecado porque no fue consciente de la gravedad del mismo, pese a que Juan el Bautista le advirtió de la terrible condena eterna que le esperaba. Posiblemente pensó que al encarcelar a Juan callaría la voz de su consciencia o, por lo menos, la insistencia de Herodías.

## **Paz que sobrepasa nuestro entendimiento**

Cuando decidimos levantar nuestra voz para proclamar a Cristo también se levantarán “Herodías” que busquen intimidarnos y callarnos. Una tarde del tercer mes que estuvimos en Turquía en



2014, nos llevaron a la comisaría de policía por haber repartido Biblias en la calle. Habíamos estado repartiendo Biblias durante casi dos meses, saliendo a la calle continuamente para hablar con la gente y organizando reuniones para jóvenes musulmanes que querían conocer más acerca del cristianismo.

Esa mañana, al salir de nuestra casa no sabíamos que nos llevarían a una comisaría. Un musulmán radical al que le dimos una Biblia nos denunció y nos siguió durante casi treinta minutos hasta que la policía finalmente nos llevó a la comisaría. Nuestro grupo no estaba haciendo nada ilegal ya que en Turquía, por el momento, no hay ninguna ley que prohíba tener o repartir Biblias. Hay países como Irán o Corea del Norte donde el simple hecho de poseer una Biblia es un delito penado con la cárcel, pero Turquía, pese a ser el país menos evangelizado del mundo, posee algunas libertades que otros países musulmanes no tienen (por lo menos en teoría).

Comenzamos a hablar con uno de los jefes de la policía, pero cuanto más hablaba con nosotros más se enfurecía. No queríamos poner en riesgo a los misioneros que viven ahí y mucho menos a la iglesia local con la que estábamos colaborando, por lo tanto no dábamos mucha información a los policías. Al cabo de un rato nos amenazaron diciendo que nos iban a expulsar del país e incluso que nos iban a cortar los dedos si no les decíamos quiénes eran nuestros contactos ahí y de dónde habíamos sacado las Biblias. Realmente nos sorprendió mucho que nos amenazaran de esa forma porque no estábamos cometiendo ningún delito. Sin embargo, el objetivo de los policías era intimidarnos y meternos miedo para que no saliéramos a las calles a hablar con las personas acerca de Jesús.

Cuando pienso en lo que ocurrió esa tarde, veo claramente cómo el Espíritu Santo nos dio paz y gozo en medio de esa situación. Estuvimos orando en nuestros corazones pidiéndole al Señor que nos ayudara y nos diera gracia para afrontar cualquier cosa que pudiera ocurrir. Poco tiempo después los policías nos pidieron dinero para dejarnos ir pero nosotros nos negamos a participar en el soborno. Aunque crecí en un país donde el soborno y la corrupción son parte del día a día, la Biblia nos enseña que eso es robar y que no está bien. No nos lo tuvimos que pensar dos veces a la hora de decirle a los

policías que no íbamos a darles dinero. Finalmente, uno de los jefes nos llamó y nos dijo que “por esta ocasión” nos dejarían ir.

Gracias a Dios no fuimos a la cárcel y tampoco nos maltrataron físicamente, pero esa experiencia me hizo pensar en los cristianos que sí van a la cárcel y en los que sí son maltratados y torturados. No sé si en Occidente entendemos el precio que pagan nuestros hermanos que viven en Medio Oriente y en Asia. ¿Seríamos capaces de permanecer firmes en nuestra fe si nos encarcelaran y nos torturaran?

### **Nuestras circunstancias no definen la verdad**

Juan el Bautista fue encadenado en una cárcel y no debió haber sido nada fácil. A veces cuando leemos las historias de los grandes hombres de la Biblia nos cuesta imaginarlos como personas que experimentaron lo mismo que nosotros. Pero precisamente lo maravilloso de la Biblia es que cada historia que leemos es real, no son cuentos ni relatos ficticios, sino testimonios de hombres y mujeres como nosotros, que en algún momento de sus vidas se encontraron con la gracia de Cristo y sus vidas cambiaron para siempre. Al igual que nosotros tuvieron hambre, frío, calor, cansancio, emociones, tentaciones y todo lo que nosotros hemos experimentado. Cada historia que leemos en las escrituras es un testimonio de la fidelidad de Dios, cada libro de la Biblia nos revela a Cristo y nos permite conocerle más a medida que vemos cómo su gracia se encontró con hombres y mujeres como nosotros. La cárcel no fue un lugar fácil para Juan, como no lo es para ninguna persona. Presta atención a lo que nos narra el evangelio de Mateo:

*“Juan el Bautista, quien estaba en prisión, oyó acerca de todas las cosas que hacía el Mesías. Entonces envió a sus discípulos para que le preguntaran a Jesús:*

*—¿Eres tú el Mesías a quien hemos esperado o debemos seguir buscando a otro?” (Mateo 11:2-3, NTV)*

No me cabe duda que Juan el Bautista se alegró al escuchar todo lo que Jesús estaba haciendo. Sin embargo, me llama la atención que

Juan envió a sus discípulos para asegurarse de que Jesús era el Mesías que estaban esperando. Juan mismo había presentado a Jesús como el Cordero de Dios y había reconocido que Jesús era el Hijo de Dios, entonces ¿por qué preguntó a Jesús si era el Mesías? Juan el Bautista conocía la profecía de Isaías acerca del Mesías:

*“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel” (Isaías 61:1, RVR 1960)*

El Mesías había sido enviado a publicar libertad a los cautivos y a los presos apertura de la cárcel, pero Juan seguía encadenado y encarcelado. La circunstancia de Juan había sembrado en él una duda sobre si realmente Jesús era el Mesías que estaba esperando. En otras palabras, hay veces que nuestras circunstancias nos hacen dudar acerca de lo que antes teníamos claro. Me encanta el corazón de Juan el Bautista porque no intentó esconder su duda sino que la expuso ante Jesús. Esto me anima a abrir mi corazón a Cristo en los momentos difíciles y a exponer cada pregunta y duda ante Él. Presta atención a la respuesta que Cristo dio a los discípulos de Juan:

*“Vayan y cuéntenle a Juan lo que están viendo y oyendo: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas. Dichoso el que no tropieza por causa mía.” (Mateo 11:4-6, NVI)*

Jesús pudo haber respondido con un simple “sí” pero era importante que los discípulos de Juan el Bautista vieran con sus propios ojos lo que estaba sucediendo. Jesús quería redirigir la mirada de Juan a lo que Él estaba haciendo. A veces nos enfocamos en lo que Dios no está haciendo en lugar de centrarnos en lo que sí está haciendo. Hay días en los que salgo a la calle para predicar y hay mucho rechazo. Sería muy fácil desanimarme al pensar en todas las personas que no quisieron arrepentirse o en los enfermos por los que oré y no fueron

sanados, pero en cualquier situación siempre hay algo que Dios está haciendo y es en eso donde debemos poner nuestra atención.

En los momentos de duda y debilidad debemos redirigir nuestra mirada a lo que Cristo ya ha hecho en nuestras vidas y a lo que Él está haciendo en las vidas de otros. Me gusta escribir testimonios porque hay días en los que me siento como Juan el Bautista en la cárcel y necesito recordar lo que Él ha hecho. Cada vez que leo los momentos e historias donde vi su mano mi corazón vuelve a inyectarse con fe.

Aunque en la “cárcel” nos sentimos encadenados, también es el lugar donde Cristo quiere recordarnos que Él sigue moviéndose y que su reino no se detendrá. No permitas que tu circunstancia actual defina la verdad. Dios sigue siendo bueno y Cristo sigue siendo el Mesías, y esa realidad nunca cambiará.

## 10. EL FINAL NO ES EL FINAL

Todo parecía estar listo en el palacio de Herodes: el mejor *catering* de la ciudad a cargo de servir la exquisita comida y el costoso vino; los guardias de seguridad vigilando atentamente en sus puestos; las mesas y las sillas colocadas en perfecto y estético orden; el DJ del momento organizando la *playlist* de los últimos *hits*; y sobre todo, mucho *glamour* y cuidado hasta en el más mínimo detalle. Por toda la región se hablaba de los invitados más distinguidos de Galilea, que asistirían a la “fiesta del año” y a los cuales los prestigiosos diseñadores de moda se encargarían de vestir.

Herodes estaba pletórico de emoción leyendo cartas de felicitación y abriendo regalos que provenían de todas las partes de Israel. Ya habían llegado todos los príncipes y tribunos para disfrutar de la prometedorá cena de cumpleaños. En la mesa del rey estaban sentados los asistentes más *VIP* y algunos familiares, entre los que se encontraban su hermano Felipe y su cuñada Herodías.

La cena transcurría entre música, risas, vino y mucha comida. De repente, todas las miradas del lugar se dirigieron a la puerta principal: la sobrina de Herodes estaba entrando, pero no de cualquier forma, lo hacía danzando con movimientos increíbles y nunca antes vistos. Herodes estaba fascinado viendo a su sobrina bailar con tanta belleza, coordinación y ritmo. Los aplausos y los elogios no se hicieron esperar.

*... y el rey dijo a la muchacha: “Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré.” Y le juró: “Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino.” Saliendo ella, dijo a su madre: “¿Qué pediré?” Y ella le dijo: “La cabeza de Juan el Bautista”. Entonces ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo: “Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan.” (Marcos 6:22-25, RVR 1960)*

Un silencio soberano cambió la atmósfera de palacio. Nadie se esperaba que la sobrina de Herodes fuera a hacer semejante petición; y aunque el rey se entristeció mucho, a causa del juramento que había hecho, tuvo que cumplir el deseo de su sobrina.

Puedo imaginarme a Juan el Bautista escuchar los pasos del guardia aproximándose a la cárcel. No era habitual recibir visitas a esa hora de la noche, por lo que debió sorprenderle. Aún más sorprendente fue ver al guardia desenvainar su espada y verlo acercarse a él. Y de repente, todo acabó.

*El guardia fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre. (Marcos 6:28, RVR 1960)*

Me dan escalofríos solo de pensar en lo que somos capaces de hacer con tal de satisfacer nuestros apetitos. Herodías amaba su pecado de tal forma que, pudiendo aconsejar a su hija pedir cualquier cosa a Herodes, lo que pidió fue la cabeza de Juan el Bautista. Tenerle encarcelado y encadenado no fue suficiente para ella, tenía que deshacerse de la voz que proclamaba justicia y arrepentimiento, y en la gran fiesta del año, Herodías vio la oportunidad perfecta para acabar con Juan.

Cuando pienso en mi propia vida me doy cuenta de que no soy mejor que Herodías, ni mejor que Herodes, ni mejor que el guardia que decapitó a Juan. Por muchos años estuve dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de seguir pecando. Daba igual a quien tuviera que mentir, a quien tuviera que tratar mal o de quien tuviera que aprovecharme. No fue hasta el momento en que reconocí que estaba pecando contra Dios y que necesitaba Su ayuda para dejar de hacerlo, que pude recibir la misericordia de Jesús.

Herodes nunca más fue el mismo pese a que nunca decidió arrepentirse de su pecado. Cuando el rey Herodes escuchó acerca de las señales y prodigios que hacía Jesús, pensó que Juan el Bautista *había resucitado de los muertos, y por eso actuaban en él esos poderes (Marcos 6:14, RVR 1960)*. Algo en el corazón de Herodes siempre supo que había decapitado a un hombre santo y nunca pudo callar la voz de su conciencia que le acusaba por todas las maldades que había cometido.

Herodías pensó que teniendo la cabeza de Juan el Bautista en un plato ya no habría ninguna voz que denunciara su pecado, pero nunca estuvo más lejos de equivocarse. Aunque callaron a Juan, el camino

ya estaba preparado para el Rey Jesús. Después de Juan han muerto cientos de miles de mártires por Cristo, pero el evangelio nunca ha desaparecido y nunca desaparecerá.

## Dispuestos a darlo todo

Hemos recorrido juntos algunas etapas de la vida y ministerio de Juan el Bautista, y me resulta muy chocante un final así para alguien como Juan. ¿Tomarías la decisión de dejar todo para irte al desierto a predicar si supieras que serás decapitado en la cena de cumpleaños de uno de los hombres más viles de tu región? Juan no sabía lo que iba a ocurrir, pero desde el comienzo de su ministerio, él tomó la decisión de ser de aquellos hombres que *“no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte”* (Apocalipsis 12:11, NVI). Juan no consideró que su vida fuera más importante que el llamado de Dios y estuvo dispuesto a renunciar a todo con tal de que Cristo fuera dado a conocer. La muerte de Juan fue humillante ante los ojos de los hombres, pero a los ojos de Dios fue sangre santa.

Las voces que claman son aquellos que no valoran su comodidad ni aman el ser entretenidos; aquellos que prefieren apagar la televisión para interceder por su familia y amigos que aún no conocen a Cristo; y aquellos que les da igual que se rían de ellos con tal de que alguien tenga la oportunidad de escuchar el mensaje de la cruz.

La decisión comienza ahora, saliendo de las cuatro paredes de nuestra habitación y yendo a las calles de nuestros barrios, proclamando que la única manera de reconciliarnos con Dios es mediante Su Hijo Jesús. La decisión comienza cuando en lugar de seguir caminando nos detenemos para hablar con la persona que está a nuestro lado y en lugar de mirar a otro lado, nos ofrecemos a orar por alguien que está enfermo.

¿Cómo estaremos dispuestos a morir por Jesús si no estamos dispuestos a ser ridiculizados por Su nombre? ¿Cómo nos mantendremos firmes en la fe en los momentos de gran persecución contra la iglesia si ni siquiera nos atrevemos a decir que somos cristianos en nuestras escuelas o lugares de trabajo? Su gracia es suficiente para darte todo el denuedo que necesitas. Su amor es capaz

de quitar todo el temor de levantar tu voz. Su Espíritu es lo único que necesitas para ser lleno de poder y predicar que el reino de los cielos se ha acercado aquí, donde estás, sea cual sea el desierto donde Dios te ha llamado a ser una voz que clama.

*Padre, ayúdanos a no olvidar que Cristo es digno de que entreguemos cada aliento de nuestra vida por Él, así como lo hicieron Juan el Bautista, los apóstoles, los primeros discípulos y tantos hombres y mujeres que nos han dado ejemplo y testimonio. Espíritu Santo, sin ti nunca podremos preparar el camino para Jesús; bautízanos con tu fuego y danos encuentros divinos con las personas con las que quieres que hablemos. Aquí estamos para ti Rey Jesús, mientras tengamos vida proclamaremos tu nombre y llenaremos nuestras calles y plazas del mensaje de la cruz.*



## ACERCA DEL AUTOR

**Mauricio Reyes** nació en la Ciudad de México. Desde el año 2004 vive en Madrid, España, donde sirve junto con su esposa Brittney como responsable de jóvenes en la iglesia Amistad Cristiana Madrid y como director de la asociación Preciosa Sangre.

Visita el blog de Mauricio: [www.mrsainz.com](http://www.mrsainz.com)

Conecta con Mauricio y Brittney en: [www.facebook.com/MauAndBrittney](https://www.facebook.com/MauAndBrittney)

Twitter: [@mrsainz](https://twitter.com/mrsainz)

**Preciosa Sangre** es una asociación española que promueve y apoya misiones cristianas a Medio Oriente. Lo que arde en nuestro corazón es que el mensaje de salvación llegue a lugares donde muy pocas personas han escuchado acerca de Jesucristo. Nuestro deseo es ver a España y Latinoamérica unidas para animar, equipar y enviar obreros hispanohablantes a Medio Oriente. Si te gustaría apoyar este ministerio como intercesor, voluntario o financieramente, puedes hacerlo a través de nuestra página web: [www.preciosasangre.org](http://www.preciosasangre.org)

### Compromiso con la iglesia local

En Preciosa Sangre creemos que misiones siempre debe llevarse mano a mano con la iglesia local. Nuestra visión, valores y liderazgo se encuentran bajo la cobertura de la iglesia Amistad Cristiana Madrid.

### Conecta con Preciosa Sangre en:

Facebook: [www.facebook.com/PreciosaSangreTurquia](https://www.facebook.com/PreciosaSangreTurquia)

YouTube: [www.youtube.com/PreciosaSangreMusic](https://www.youtube.com/PreciosaSangreMusic)

Twitter: [www.twitter.com/\\_preciosasangre](https://www.twitter.com/_preciosasangre)

Web: [www.preciosasangre.org](http://www.preciosasangre.org)

Email: [info@preciosasangre.org](mailto:info@preciosasangre.org)

VOCES QUE CLAMAN © 2015 Mauricio Reyes

Todos los derechos reservados. No se autoriza la reproducción de ninguna porción de este libro bajo ninguna forma sin el permiso escrito del autor.

**Editado por:** Evangeline O'Regan y Loida Fernández